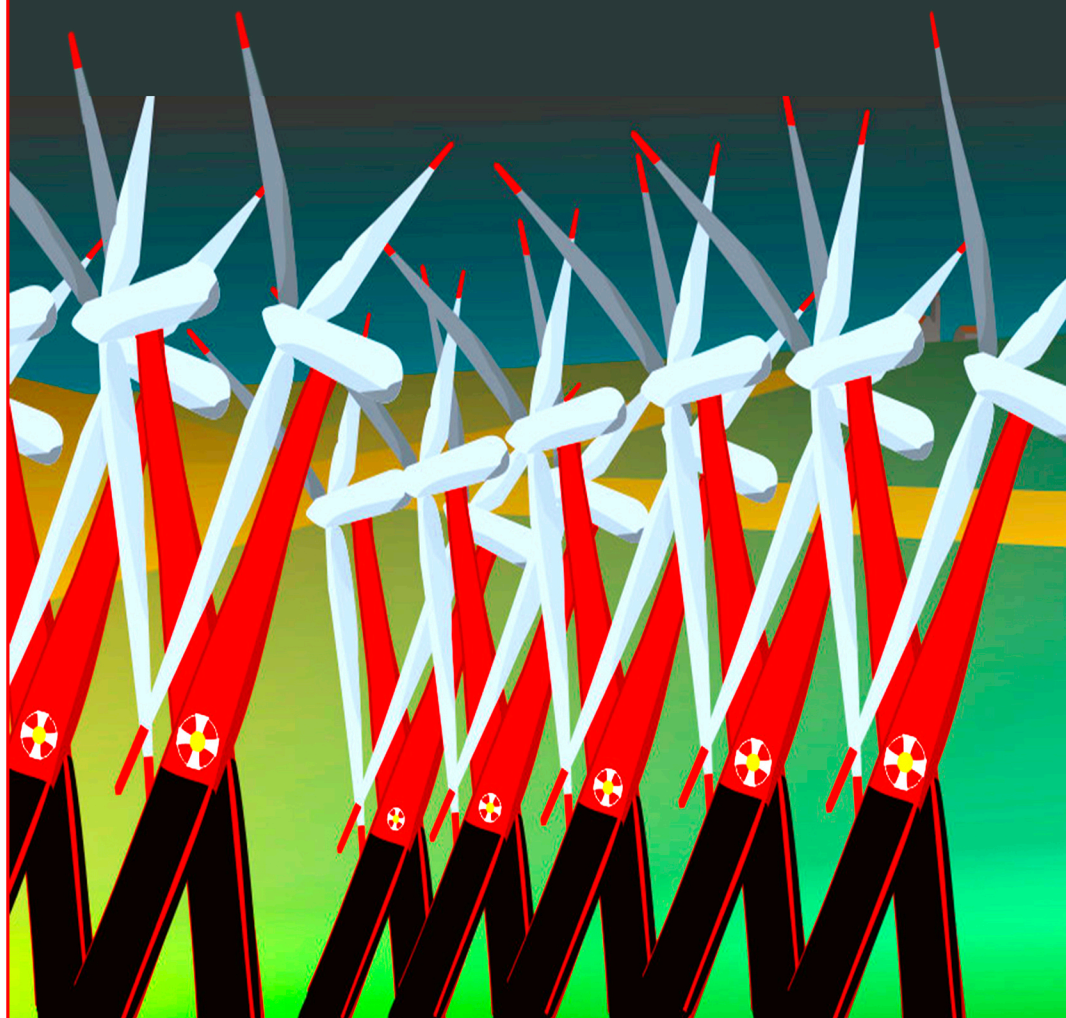


VV AA

PINCELADAS DE ECOFASCISMO



Este e-book, ha sido elaborado íntegramente con recursos provenientes de Internet.

La palabra ecofascismo, fue introducida en el año 1995 por Janet Biehl, compañera de Murray Bookchin, en el libro *Ecofascismo. Lecciones sobre la experiencia alemana*, escrito junto a Peter Staudenmaier.

Biehl, en aquella ocasión afirmaba:

En un momento en el que las condiciones económicas están empeorando y se ha producido una fuerte desafección política paralela a los desastres ecológicos, las ideas nacionalistas e incluso los idearios fascistas están logrando elevar su perfil en Europa, aunque no en exclusiva.

En este libro electrónico, cuatro autor@s comparten con Biehl, impresiones sobre el ecofascismo.

VV AA

PINCELADAS SOBRE EL ECOFASCISMO

Palabras clave: Ambientalismos, naturaleza, eco-fascismo, justicia ecosocial

Selección y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

https://solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



Adolf Hitler, amante de los animales

ÍNDICE DE CONTENIDO

I. Ecofascismo: uno de los peligros del
ambientalismo burgués

Melissa Moreano Venegas

II. Janet Biehl, precursora del análisis del
ecofascismo y sus raíces

Nuria Del Viso

III. La «ecología» y la modernización del fascismo
en la ultraderecha alemana

Janet Biehl

IV. El ecofascismo que viene

Eva G. Sempere

V. La propuesta ecofascista

Carlos Taibo

ECOFASCISMO: UNO DE LOS PELIGROS DEL AMBIENTALISMO BURGUÉS

Melissa Moreano Venegas¹

Presentación

La expresión «mojigatería ambiental» describe bien al ambientalismo burgués, extremadamente conservador, anclado a una conciencia ambiental que surge en el seno del capitalismo y que tiene por fin aliviar la angustia del daño que causa mientras amplía las posibilidades de acumulación capitalista. Lo hace a través de obras de caridad y proyectos

¹ Docente del Área de Ambiente y Sustentabilidad de la Universidad Andina Simón Bolívar (Ecuador). Integrante del Colectivo de Geografía Crítica del Ecuador. *E-mail*: mel.moreano@ gmail.com.

Este texto fue escrito en intensos intercambios con un sinnúmero de personas fundamentalmente a través de las redes sociales, principal medio de comunicación durante el confinamiento global por la pandemia de la COVID19. Agradezco a todas las que dialogaron conmigo en estas condiciones insólitas.

de conservación, con acciones que no alivian las causas estructurales de la destrucción ambiental o de la injusticia social, sino que limpian la imagen de un sistema altamente destructivo. Más aún, este tipo de ambientalismo refuerza peligrosas políticas racistas, machistas, clasistas y xenófobas.

En este artículo exploro, con una perspectiva crítica feminista, algunos elementos del ambientalismo burgués que expresan tal conservadurismo: el clasismo, el esencialismo de la noción de naturaleza, el nacionalismo racista y xenófobo.

Conduzco el análisis de forma multiescalar de lo global a expresiones locales, para concluir que la mojigatería ambiental nos impide pensar creativamente en la transición hacia un mundo sin explotación capitalista, de allí la urgencia de liberar al ambientalismo de su halo conservador.

Introducción

La mojigatería ambiental («environmental sanctimony» según Peet *et al.*, 2011) es un constructo que describe muy bien el ambientalismo burgués al que me referiré en este texto. Dicen estos autores que, cuando el ser humano es desprovisto de los medios de producción que le permiten vivir, su existencia pierde sentido. Entonces surge la religión.

Como dijo Marx, «la religión es el corazón de un mundo que se ha quedado sin corazón, el alma de las condiciones sin alma: es el opio del pueblo». Si esto se traduce en términos de conciencia ambiental, cabe la siguiente afirmación (Peet *et al.*, 2011: 14; mayúsculas en el original):

La agonía de destruir la naturaleza se alivia a través de una mojigatería ambiental –llorar sobre las heridas infligidas a la Tierra, lanzar plegarias a la Madre Naturaleza–. Sin embargo, adorar a la Naturaleza no es suficiente para dar sentido a un sistema de producción sin alma, que aliena al ser humano de la naturaleza. Entonces, para que la producción capitalista adquiriera sentido y pueda continuar destruyendo la naturaleza día tras día, surge la filantropía en la forma de «fondos de defensa ambiental» y de «inversión verde».

El ambientalismo burgués, en esta línea de pensamiento, tiene por fin aliviar la angustia del daño que causa el capitalismo. Lo hace a través de obras de caridad y proyectos de conservación, con acciones que no alivian las causas estructurales de la destrucción ambiental o de la injusticia social, sino que limpian la imagen de un sistema altamente destructivo. Así sorteas las críticas al sistema –al que no busca cambiar– y alivia la culpa. Más aún, el ambientalismo burgués tiene como único fin ampliar las posibilidades de acumulación capitalista. Porque volverse verde también es negocio. En su vertiente más conservadora, este tipo de ambientalismo defiende la conservación de una naturaleza

definida como prístina, virgen y ahistórica: en suma, pura. Las perspectivas clasistas y racistas que afloran atribuyen a los pobres y marginalizados la responsabilidad por las crisis ambientales, prestas a señalar al «mal salvaje» (Ulloa, 2004), mientras que, con una lectura patriarcal, feminizan a la naturaleza y resaltan su rol de cuidadora y reproductora, con el resultado de amenazar la autonomía de los cuerpos femeninos (Asambleas del Feminismo Comunitario, 2010). Cabe destacar que esta feminización de la naturaleza dista mucho del esencialismo estratégico que las propias mujeres indígenas parecen usar en su lucha contra las industrias extractivas al autoidentificarse con la madre tierra como estrategia de cohesión y confrontación política (Jenkins, 2015).

Este tipo de ambientalismo, que ha existido desde los orígenes del movimiento, está dando cada vez más espacio a ideologías racistas, clasistas y machistas de la mano de discursos catastróficos asociados al cambio climático (Ojeda *et al.*, 2019). Un halo conservador, casi puritano, avanza peligrosamente incluso dentro de los movimientos antisistema y se acerca de forma peligrosa al ecofascismo² en tanto que «asocia un anhelo de pureza en la esfera ambiental con un deseo de pureza racial en la esfera social» (Adler–Bell, 2019). Es el tipo de ambientalismo que diagnostica que la sociedad humana en su totalidad está enferma y

² Sin embargo, hay que tener cuidado con el uso de este término, pues también ha sido utilizado para desvirtuar las luchas ecologistas.

pregona un cambio individual, en el mejor de los casos, y soluciones malthusianas³, en el peor.

Ambientalismo burgués

El ambientalismo se puede definir como un conjunto estándar de principios para definir la forma en que los diferentes grupos humanos entienden la naturaleza y la relación humano–naturaleza, así como el tipo de actividad política que son propensos a emprender para abordar lo que perciben como problemas ambientales (Heynen *et al.*, 2007). La literatura especifica tres líneas de pensamiento al respecto: una que establece la supremacía de los humanos sobre la naturaleza, generalmente identificada con el pensamiento tecnocéntrico; otra que asume que la

3 El malthusianismo o maltusianismo es una teoría e ideología demográfica, económica y sociopolítica, desarrollada por el economista británico Thomas Robert Malthus (1766-1834), según la cual el ritmo de crecimiento de la población responde a una progresión geométrica, mientras que el ritmo de aumento de los recursos para su supervivencia lo hace en progresión aritmética. Por esta razón, de no intervenir obstáculos represivos (hambre, guerras, pestes, etc.), el nacimiento de nuevos seres aumentaría la pauperización gradual de la especie humana e incluso podría provocar su extinción, lo que se ha denominado catástrofe malthusiana. Es por así decirlo un “argumento” para la disminución forzada de la población, y por tanto reaccionario, más teniendo en cuenta que sus predicciones no se cumplieron por intervenir otros factores en la relación (aumento de la productividad etc.). [N. e. d.]

naturaleza define y restringe el comportamiento humano, asociada desde hace mucho tiempo con las perspectivas ecocéntricas, y una tercera que reconoce la interconexión e interdependencia esenciales entre los humanos y el mundo circundante (Guha, 1989; Castree, 2013). De acuerdo con este encuadre triple, Guha y Martínez–Alier (1997) etiquetan estos diferentes ambientalismos como el «culto a la vida salvaje», el «evangelio de la ecoeficiencia» y el «ecologismo de los pobres», respectivamente. Los dos primeros afirman una separación entre los humanos y la naturaleza, mientras que el tercero desafiaría dicha dicotomía.

En este texto voy a concentrarme en los dos primeros ambientalismos, que delinearían un ambientalismo burgués ciego a la exclusión de clase, pero también de género y raza. Este reconoce que la separación entre las esferas social y natural es la causa de las crisis ambientales, pero busca superar tal separación a través de una de dos formas: la administración científica o la mistificación (Guha y Martínez–Alier, 1997). La administración científica está respaldada por la noción de desarrollo sostenible y por el optimismo del mercado (Cock, 2011). Por su lado, la mistificación surge como un remedio para la alienación intrínseca al sistema capitalista (Peet *et al.*, 2011: 14).

Como ya mencioné, en las sociedades individualistas y competitivas capitalistas, alienadas y alejadas de la naturaleza, la existencia humana pierde sentido. La respuesta es la «mojigatería ambiental», la deificación de la

naturaleza, que cumple la función de ofrecer significado a las personas en un mundo sin propósito. Los humanos alienados buscan una reconstrucción posmaterial de la relación con la naturaleza, con apreciaciones románticas de un mundo natural que estaría más allá de la sociedad humana y sus relaciones de poder (Peet *et al.*, 2011). Una naturaleza pura que, desde una supuesta superioridad humana, podría ser entendida «tal como es», ya sea por métodos científicos o no científicos; una naturaleza fija e inmutable, sin historia. La naturaleza, entonces, puede medirse y dirigirse hacia un estado supuestamente equilibrado y «natural» previo (o más allá) de la historia humana (Castree, 2001: 9). Las afirmaciones sobre «conocer la naturaleza tal como es» se usan comúnmente «como instrumentos de poder y dominación» (Castree, 2001: 9; Castree, 2013). En una línea similar, Erik Swyngedouw (2015) afirma que se sigue viendo a la naturaleza como un significante vacío, encapsulador de un número infinito de significados que «expresan lo que la naturaleza debería ser»: una norma para medir la desviación, el anhelo de recuperar la armonía humana y el equilibrio ecológico anteriores y hoy perdidos, la fantasía de la naturalidad, de una «naturaleza que sirve como “el otro” que nos guía a la redención». Por lo tanto, continúa Swyngedouw, todos intentan «fijar el significado inestable [de la naturaleza] mientras la presentan como un “otro fetichizado”» (Swyngedouw, 2015: 132–134).

Pero ¿cómo, exactamente, el ambientalismo burgués está

dando espacio a lecturas peligrosamente cercanas al ecofascismo? Sabemos ya que la administración científica de la naturaleza es inherentemente ciega a las relaciones de poder, y en consecuencia a las exclusiones de clase, género y raza. Es, por tanto, racista, clasista y machista. Pero, además, el carácter conservador de la «mojigatería ambiental» lleva al extremo la concepción de la naturaleza descrita en el párrafo anterior; establece la naturaleza como una *norma contra la desviación*, una tendencia muy común en las ideologías fascistas. Además, feminiza a la naturaleza y resalta su función reproductora de madre, al tiempo que enfatiza su pureza, que merece ser cuidada: virgen, prístina, intocada. En medio del confinamiento global impuesto a causa de la pandemia de la COVID19, las imágenes de animales silvestres que retoman los espacios verdes y acuáticos de las ciudades, ausentes de seres humanos, han despertado, o dado impulso, a posturas ecofascistas que se congratulan por los efectos «positivos» en la naturaleza del aislamiento y la inminente muerte de seres humanos, al compás de mensajes como «nosotros somos el virus» y «la Tierra al fin tiene un respiro». Este texto también intentará abordar este fenómeno.

Ambientalismo ciego a las exclusiones

La actitud de echar la culpa a la población empobrecida siempre ha estado presente en el ambientalismo burgués y en el corazón de su concepto favorito por décadas: desarrollo sostenible. Este parte del supuesto de que la pobreza es la principal causa de la degradación ambiental (Osborne, 2015), por lo que el crecimiento económico bajo el capitalismo es un requisito previo tanto para el bienestar social como para la protección del ambiente (Escobar, 1995). Por lo tanto, el crecimiento económico no solo es deseable, sino mandatorio (Vallejo, 2003). Un argumento recurrente en este sentido es que las necesidades urgentes de la población rural pobre y su aumento poblacional inducen a deforestar los bosques y a degradar el entorno. En consecuencia, a menudo se conectan el vaciamiento del campo vía emigración hacia las ciudades, bajas tasas de natalidad rurales y la industrialización de la agricultura con la disminución de las presiones sobre los ecosistemas (Chomitz *et al.*, 2007). Así, aunque la ecología política ya ha demostrado los vínculos entre el desarrollo del capitalismo, la pobreza y la degradación ambiental, desde el principio el desarrollo sostenible se estableció como un medio que ofrece gestionar los problemas ambientales al tiempo que se generan ganancias (McAfee y Shapiro, 2010).

Varios mecanismos de conservación que siguieron este

camino muestran un persistente «miedo a los pobres y a sus reclamos de recursos» (Asiyanbi, 2016: 150). La administración científica de la naturaleza del ambientalismo burgués genera soluciones profundamente racistas que responsabilizan de la degradación ambiental a los pueblos indígenas y las comunidades locales. De hecho, bajo la urgencia de conservar el carbono forestal en el contexto del cambio climático, cientos de pueblos indígenas y comunidades locales alrededor del mundo están siendo despojados de sus derechos territoriales. Una derivación autoritaria de estos mecanismos es lo que, en su análisis sobre los efectos de REDD+ (Reducción de las Emisiones Derivadas de la Deforestación y la Degradación de los Bosques) en Nigeria, Asiyanbi llama «proteccionismo militarizado»: una rama especial del ejército garantiza la tenencia de la tierra para REDD+ mediante la reducción de la «tenencia comunitaria» a «derechos de uso forestal», lo que está conduciendo a una «nueva economía forestal excluyente», a saber, una «exclusión carbonizada para la acumulación de la élite» (Asiyanbi, 2016: 150–152).

La ceguera ante las exclusiones de clase, género y raza del ambientalismo burgués resquebrajó la amplia base de apoyo del colectivo ecuatoriano Yasunidos⁴. Siempre aliados con el

4 Yasunidos es una organización que surgió en 2013 en Ecuador en respuesta al anuncio del entonces presidente Correa de poner fin a la Iniciativa Yasuní–ITT, un plan ambiental para evitar la extracción de petróleo de una parte del Parque Nacional Yasuní (el bloque ITT) en la Amazonía, a cambio de una compensación monetaria de la comunidad

movimiento indígena ecuatoriano, en octubre de 2019 apoyaron el paro nacional y levantamiento indígena y popular que rechazó una serie de medidas económicas impuestas por el Fondo Monetario Internacional que afectaban a las clases populares, entre ellas el retiro abrupto del subsidio a los combustibles fósiles, lo que elevaría el costo del transporte y de los alimentos, medida que quiso ser enmascarada como una política ambiental (Vela, 2019). Yasunidos rechazó las medidas neoliberales adoptadas por el presidente que precarizarían «aún más a la clase trabajadora» sin aportar a la «transición a un país pospetrolero». En tal virtud, la organización no se opuso al retiro de los subsidios, pero sí al retiro «sin una focalización efectiva» (Piedra Vivar, 2019). Con una noción clara de justicia ecosocial, llamaron la atención sobre la situación de la mayoría de los ecuatorianos y ecuatorianas con trabajos informales, y sobre la población indígena y rural que depende de los combustibles fósiles para movilizarse con avioneta o lancha.

Buena parte de su base social, acumulada a lo largo de los años a partir de personas que apoyaban la defensa de un espacio natural, exhibía un ambientalismo burgués que, desde una posición de privilegio, aplaudía las medidas económicas sin reparar en sus impactos en la población más pobre y que, por su racismo, no acepta al movimiento indígena como sujeto político. Las críticas rechazaban

también lo que se entendía por «politización» del movimiento y negaban de raíz la evidencia de una tendencia de izquierda en su interior.

El ambientalismo burgués develado, con su característico rechazo a «lo político» y a las «ideologías de izquierda», desvía la atención de las causas estructurales de los problemas ambientales.

El alarmismo ambiental ha fortalecido la idea de un ser humano universal como responsable de la crisis ambiental, sin reconocer que es un particular modo de producción, junto a la sociedad de clases y la colonialidad que lo sostienen, el que produce destrucción ambiental mientras oprime a la mayor parte de la humanidad y destruye la naturaleza. Por tanto, se insiste en la responsabilidad global, compartida pero *individual* de todos los seres humanos. Así se esparcen sentimientos de alarma y culpa que acusan a una humanidad insensible, ignorante y avariciosa. Como la culpa es de todos, las soluciones son ciegas a las desigualdades, sobre todo de clase, pero también de raza, género y nacionalidad.

Esa ceguera se observa también en organizaciones antisistémicas, como el movimiento climático Extinction Rebellion («Rebelión contra la Extinción», XR en inglés), que ha sido criticado por su blanquitud, pues excluye a militantes de las clases populares, racializados e ilegalizados.

La exclusión opera de manera sutil a través de una de las principales tácticas que usa el movimiento: la irrupción para provocar el arresto y la subsecuente visibilidad en medios (vienen a la mente también las acciones de Jane Fonda y, más recientemente, Joaquin Phoenix). Esta táctica, sin embargo, excluye a quienes viven «con el riesgo de arresto y criminalización» (Wretched of The Earth, 2019) ⁵.

Movimientos como XR han sido duramente criticados por adolecer de esa insolidaridad interclase e internacional tan propia de los movimientos emancipatorios. Pero también, en un peligroso acercamiento al ecofascismo, ciertos militantes exhiben posturas neomalthusianas⁶ y miradas puritanas de la naturaleza. Con la crisis por la pandemia del nuevo coronavirus como telón de fondo, una rama de XR publicó en redes sociales fotografías de panfletos con el mensaje: «Corona es la cura, nosotros somos la enfermedad». La central de Extinction Rebellion desconoció luego

5 Wretched of The Earth es un colectivo de organizaciones de bases indígenas, negras y «marrones» que representan a la diáspora del Sur Global (<https://www.facebook.com/wotearth/>).

6 El neomalthusianismo es una teoría demográfica, social y poblacional que considera el exceso de población de las clases pobres u obreras como un problema para su calidad de vida. El neomalthusianismo nace a finales del siglo XIX y recoge en parte la teoría poblacional de Thomas Malthus -la población crece más que los recursos y puede producirse una catástrofe malthusiana o sobrepoblación, de ahí su nombre-, pero, a diferencia del malthusianismo, considera el problema desde una perspectiva sobre la reducción de la calidad de vida de las numerosas personas pobres y no como un problema de exceso de población subsidiada que afectaría, según Malthus, al Estado y por esa vía a la estabilidad del orden social y sus élites.

que esa rama fuera representativa del movimiento.⁷ Pero, más allá de analizar las formas organizativas de XR, lo notorio es que las posiciones ecofascistas gozan de vitalidad. Afirmar que es positivo para el planeta que los seres humanos estén ausentes, o que «la humanidad» (universal, abstracta, homogénea) es el virus, allana el camino a las élites racistas prestas a deshacerse de la población más vulnerable. Como escribió Layla Martínez (2020):

Detrás de la afirmación de que el ser humano es una plaga para el planeta está la idea de que la solución a la crisis ecológica es la eliminación de parte de la población. [...] La pregunta entonces es ¿quién va a morir? [...] ¿A quién vamos a considerar «desechable» entonces? ¿Qué población vamos a eliminar? [...] Los «desechables» probablemente serían los expulsados del sistema, como las personas sin techo, los inmigrantes ilegales o los habitantes de poblados chabolistas y barriadas de infraviviendas. Esto puede parecer exagerado, pero basta un vistazo a la historia de violencia contra estos colectivos para darnos cuenta de que no es tan lejano. (Ojeda *et al.*, 2019). Hoy esos movimientos siguen vivos. Por ejemplo, el Frente Nacional en Francia, la facción verde del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) o el Fidesz (la fuerza política de extrema derecha más importante en el Parlamento Europeo) apelan a la

4. Véase <https://twitter.com/ExtinctionR/status/1242789939617714178?s=20>.

<https://twitter.com/ExtinctionR/status/1242789939617714178?s=20>

amenaza del cambio climático para impulsar sus proyectos nacionalistas que incluyen el cierre de fronteras y el reclamo de la tierra para los nativos, al tiempo que reviven viejas consignas que exacerban la pureza del «lugar» (Colina, 2019).

Sin llegar a los extremos descritos, el ambientalismo burgués ciego a las exclusiones de clase y raza, capaz de afirmar que «los humanos somos el problema y debemos desaparecer», se acerca peligrosamente al ecofascismo. Además, el anhelo por recuperar una naturaleza prístina y una sociedad pura revela un puritanismo que naturaliza los roles de género y afecta a las mujeres.

Son harto conocidos los nexos de la extrema derecha europea y estadounidense con los ambientalismos (Biehl y Staudenmaier, 2019) y las soluciones neomalthusianas que promueven con su visión puritana, de restricción de derechos de las poblaciones empobrecidas y racializadas

Ambientalismo conservador y machista

El ambientalismo burgués alineado con la noción aquí trabajada de «mojigatería ambiental» feminiza a la naturaleza y resalta su función reproductora, al tiempo que enfatiza su pureza, que merece ser cuidada, y la

homogeneiza mediante una visión de pueblos indígenas premodernos y detenidos en el tiempo.

Tales apreciaciones también están presentes en ensayos decoloniales que se han llevado a cabo. Un ejemplo es el uso de la noción quichua de Pachamama en Ecuador y Bolivia. En ambos países, Pachamama ha sido rápidamente reducida a naturaleza o Madre Tierra, una figura femenina y deificada, pero sobre todo «una madre nutriente que da a luz, cría y protege a todos sus hijos» (Giraldo, 2012: 228). Ya lo dijeron las feministas antipatriarcales de Bolivia (Asambleas del Feminismo Comunitario, 2010):

La comprensión de Pachamama como sinónimo de Madre Tierra es reduccionista y machista; hace referencia solamente a la fertilidad para tener a las mujeres y a la Pachamama a su arbitrio patriarcal. [El concepto de Madre Tierra sirve para] reducir a la Pachamama –así como nos reducen a las mujeres– a su función de útero productor y reproductor al servicio del patriarcado.

De manera fundamental, la descripción de una naturaleza femenina, virgen, madre pura dadora de vida, una norma para medir la desviación, como ya se ha dicho, exalta la maternidad obligatoria de la mujer y pone en serio riesgo su capacidad de decidir sobre su propio cuerpo. En suma, la feminización de la naturaleza y la naturalización del rol de género femenino también amenazan las reivindicaciones

feministas. Y es que, aunque el ecofascismo promueve soluciones poblacionales neomalthusianas a las crisis ambientales, debemos recordar que estas están atravesadas por una gestión de la población empobrecida y racializada, a la que se ha decretado como la responsable de la debacle ecológica. No cabe aquí, pues, ninguna concesión para que las mujeres empobrecidas y racializadas gestionen su sexualidad y su cuerpo. Por el contrario, se implementan «medidas de control de la población como “ingeniería de poblaciones” y la expansión de las intervenciones militares» como parte de «una intervención masculinista más amplia que busca consolidar el control sobre la vida y los procesos vitales» (Ojeda *et al.*, 2019: 5).

Además, la noción reduccionista de Pachamama promulgada por el ambientalismo burgués fortalece el patriarcado heterosexual al situar a Pachamama como femenina y al «padre Cosmos» como masculino (Cabnal, 2010). En tal contexto, desde la óptica neomalthusiana del ambientalismo burgués, las mujeres empobrecidas indígenas, negras y campesinas no son solamente las principales responsables de las crisis ambientales «por reproducirse tanto», sino también de «reparar el daño causado al planeta» a través de fondos de ayuda para proyectos productivos, de conservación de ecosistemas o de mitigación y adaptación al cambio climático (Asambleas de Feministas Comunitarias, 2010; Ojeda *et al.*, 2019). En el contexto de emergencia climática y de lo que Astrid Ulloa

llama un «naturaleza climatizada», además, las intervenciones autoritarias en los espacios de vida indígenas, desde los espacios globales de negociación climática, son la norma (Ulloa, 2012). Basta recordar las intervenciones reportadas de REDD+ en Nigeria.

Conclusión

En su carta a Extinction Rebellion, la organización Wretched of the Earth señala: «Durante siglos el racismo, el sexismo y el clasismo han sido necesarios para mantener este sistema y han dado forma a las condiciones en las que nos encontramos». Un ambientalismo transformador necesita, por tanto, despojarse de su halo clasista, racista y machista; cuestionar posturas conservadoras y puritanas para pensar en la transición hacia un mundo sin explotación capitalista. La insólita situación a la que nos ha abocado el nuevo coronavirus es una oportunidad no solo para cuestionar la velocidad a la que opera el sistema y sus mismas estructuras, sino para experimentar que sí es posible producir menos, socializar las ganancias privadas y proteger lo público. Defender el ambientalismo como el espacio para pensar esa transición con justicia ecosocial demanda desterrar las sombras del ecofascismo, siempre demasiado listo para culpar a «la humanidad» abstracta y homogénea y

para naturalizar la «limpieza social» en nombre de la preservación ambiental.

Referencias

Adler-Bell, S, 2019. «Why White Supremacists Are Hooked on Green Living». *The New Republic* (24 de septiembre). Disponible en: <https://newrepublic.com/article/154971/rise-ecofascism-history-white-nationalism-environmental-preservation-immigration?fbclid=IwAR12arDujT-42Buf3F1TzQVfRkcTJXamU-dReK6x-AmR0h1w8Pm0pn9syzQaE>, consultado el 26 de marzo de 2020.

Asambleas del Feminismo Comunitario, 2010. «Pronunciamiento del feminismo comunitario latinoamericano en la Conferencia de los Pueblos sobre Cambio Climático». Disponible en: http://www.biodiversidadla.org/Documentos/Pronunciamiento_del_Feminismo_Comunitario_latinoamericano_en_la_Conferencia_de_los_pueblos_sobre_Cambio_Climatico, consultado el 24 de marzo de 2020.

Asiyanbi, A. P., 2016. «A Political Ecology of REDD+: Property Rights, Militarised Protectionism, and Carbonised Exclusion in Cross River». *Geoforum*, 77, pp. 146–156.

Biehl, J., y P. Staudenmaier, 2019. *Ecofascismo. Lecciones sobre la experiencia alemana*. Barcelona, Virus.

Cabnal, L., 2010. «Acercamiento a la construcción del pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala». En: ACSUR–Las Segovias (coords.), *Feminismos diversos: el feminismo comunitario*. Madrid: ACSUR–Las Segovias, pp. 11–25.

Castree, N., 2001. «Socializing Nature: Theory, Practice, and Politics». En: N. Castree y B. Braun (eds.), *Social Nature: Theory, Practice, and Politics*. Oxford, Blackwell, pp. 1–21.

Castree, N., 2013. *Making Sense of Nature: Representation, Politics, and Democracy*. Nueva York, Routledge.

Chomitz, K., P. Buys, G. De Luca *et al.*, 2007. «At Loggerheads?: Agricultural Expansion, Poverty Reduction, and Environment in the Tropical Forests». Disponible en: <http://documents.worldbank.org/curated/en/223221468320336327/At-loggerheads-Agricultural-expansion-poverty-reduction-and-enviroment>

ment-in-the-tropical-forests, consultado el 27 de marzo de 2020.

Cock, J., 2011. «Green Capitalism or Environmental Justice: A Critique of the Sustainability Discourse». *Focus*, 63, pp. 45–51.

Colina, M. P., 2019. «¿Ni de derechas ni de izquierdas? Del ecofascismo al desafío de la ola ecologista». *El Salto Diario* (9 de octubre). Disponible en: <https://www.el-saltodiario.com/palabras-en-movimiento/desafio-actual-ola-ecologista>, consultado el 27 de marzo de 2020.

Escobar, A., 1995. *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton, Princeton University Press.

Giraldo, O. F., 2012. «El discurso moderno frente al “pachamamismo”: la metáfora de la naturaleza como recurso y de la Tierra como madre». *Polis*, 11 (33), pp. 219–233.

Guha, R., 1989. «Radical American Environmentalism and Wilderness Preservation: A Third World Critique». *Environmental Ethics*, 11, pp. 71–83.

Guha, R., y J. Martínez-Alier, 1997. *Varieties of Environmentalism: Essays North and South*. Londres, Earthscan.

Heynen, N., J. McCarthy, S. Prudham *et al.*, 2007. *Neoliberal Environments: False Promises and Unnatural Consequences*. Nueva York, Routledge.

Jenkins, K., 2015. «Unearthing Women's Anti-Mining. Activism in the Andes: Pachamama and the “Mad Old Women”». *Antipode*, 47 (2), pp. 442–460.

Martínez, L., 2020. «¿A quién vamos a matar?». *El Salto Diario* (25 de marzo). Disponible en: <https://www.elsaltodiario.com/coronavirus/layla-martinez-quien-vamos-matar-pandemia->, consultado el 27 de marzo de 2020.

McAfee, K., y E. Shapiro, 2010. «Payments for Ecosystem Services in Mexico: Nature, Neoliberalism, Social Movements, and the State». *Annals of the Association of American Geographers*, 100, pp. 579–599.

Ojeda, D., J. S. Sasser y E. Lunstrum, 2019. «Malthus's Specter and the Anthropocene». *Gender, Place & Culture*, 27 (3), pp. 316–332.

Osborne, T., 2015. «Tradeoffs in Carbon Commodification: A Political Ecology of Common Property Forest Governance». *Geoforum*, 67, pp. 64–77.

Peet, R., P. Robbins y M. Watts, 2011. *Global Political Ecology*. Londres y Nueva York, Routledge.

Piedra Vivar, P., 2019. «Entre la vileza, la torpeza y la frustración». *Plan V* (17 de octubre). Disponible en: <https://www.planv.com.ec/ideas/ideas/entre-la-vileza-la-torpeza-y-la-frustracion>, consultado el 26 de marzo de 2020.

Swyngedouw, E., 2015. «Depoliticized Environments and the Promises of the Anthropocene». En: R. L. Bryant (ed.), *The International Handbook of Political Ecology*. Cheltenham y Northampton, Edward Elgar, pp. 131–145.

Ulloa, A., 2004. *La construcción del nativo ecológico: complejidades, paradojas y dilemas de la relación entre los movimientos indígenas y el ambientalismo en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH).

Ulloa, A., 2012. «Producción de conocimientos en torno al clima. Procesos históricos de exclusión/apropiación de saberes y territorios de mujeres y pueblos indígenas». *desiguALdades.net Working Paper Series*, 21. Disponible en: <https://refubium.fu-berlin.de/handle/fub188/19602>, consultado el 24 de marzo de 2020.

Vallejo, A., 2003. *Modernizando la naturaleza: desarrollo sostenible y conservación de la naturaleza en la Amazonía ecuatoriana*. Quito, SIMBIOE.

Vela, D., 2019. «The Fight Against the Elimination of Fossil Fuel Subsidies in Ecuador: Lessons for Environmental and Social Justice. Undisciplined Environments». Disponible en: <https://undisciplinedenvironments.org/2019/10/22/the-fight-against-the-elimination-of-fossil-fuel-subsidies-in-ecuador-lessons-for-environmental-and-social-justice/>, consultado el 27 de marzo de 2020.

Wretched of The Earth, 2019. «Un carta abierta a Extinction Rebellion. Red Pepper». Disponible en: <https://www.redpepper.org.uk/an-open-letter-to-extinction-rebellion/?fbclid=IwAR2uUJRBjl7S6vh6OTl-9AdJdafao9w8MuQkW5xOiEzPf9YPok-BR1PXmoUu4>, consultado el 25 de marzo de 2020.

JANET BIEHL, PRECURSORA DEL ANÁLISIS DEL ECOFASCISMO Y SUS RAÍCES

Nuria Del Viso

Janet Biehl es una destacada pensadora ecofeminista y del ecologismo social, faceta que plasmó en varios libros junto a su compañero Murray Bookchin, máximo representante del ecologismo social y con quien trabajó a lo largo de dos décadas perfilando las ideas de esta corriente del ecologismo. Desde finales de los ochenta hasta principios de este siglo publicaron en coautoría varias obras como *Green Perspectives*, *Left Green Perspectives* y *The Politics of Social Ecology*, en el que profundizaron las ideas del movimiento libertario y la democracia directa. Se dice que el propio

Bookchin consideraba *The Murray Bookchin Reader*, publicación que Biehl editaba, la mejor introducción a sus ideas.

Autora polifacética, publicó en 1995 el libro *Ecofascismo. Lecciones sobre la experiencia alemana* junto a Peter Staudenmaier, colaborador –como Biehl– del Instituto de Ecología Social y profesor de Historia especializado en la Europa moderna. En este libro, los autores argumentan que los nexos entre fascismo y medioambiente se consolidaron durante el régimen nazi, aunque con importantes antecedentes que se remontan a finales del siglo XIX y a la conformación del movimiento *völkisch* que, como explica la autora, alcanzó su cima en la década de los años veinte del siglo pasado.

Hoy día el término *ecofascismo* está plenamente integrado en el lenguaje, pero conviene recordar que el libro se publicó originalmente en 1995 (aunque la traducción española llega en 2019 a partir de la edición de 2011), cuando este concepto era ajeno a los debates libertarios o los de las izquierdas en general. El libro tuvo una buena acogida en sus dos ediciones y recibió positivas críticas, pero también levantó ampollas en el movimiento ecologista, generando cierta polémica. Como se recoge en el Prefacio, el libro se publicó «en un momento en que los radicales estadounidenses debatían acerca del lugar que debía ocupar la crisis ecológica» (p. 7). Así, además de introducir el término, la novedad del libro radica en poner en evidencia

cómo «la historia de las políticas ecologistas no fue siempre inherente y necesariamente progresista y benigna», sino que estas ideas «arrastran una historia de distorsión y manipulación al servicio de fines altamente regresivos» (p. 9). Si bien el texto puede atribuir un peso desmesurado a los antecedentes del pensamiento “verde” nazi en el ecologismo, este libro fue vanguardista al inaugurar una interesante línea de reflexión que ha llevado a asentar la noción de *ecofascismo*. Pese a los pros y contras, parece plenamente justificado que el libro *Ecofascismo* se haya convertido en texto de referencia.

Biehl explora las raíces del ecofascismo en la ideología *völkisch* que alimentó las ideas del régimen nazi sobre una supuesta naturaleza intacta y prístina, pero también su concepción mesiánica de un territorio soberano y un pueblo.

Así mismo, Biehl advierte sobre los peligros que acechan a una visión progresista del ecologismo si ciertas ideas son cooptadas desde la ultraderecha autoritaria, esencialista y excluyente. Tal papel lo ha retomado actualmente la ultraderecha europea, que está desarrollando un pensamiento propio en torno a asuntos medioambientales por puro pragmatismo, dado que son cuestiones que preocupan a la ciudadanía. Por tanto, el peligro de la emergencia de ideas ecofascistas planteado en el libro adquiere hoy –en la presente fase de crisis ecosocial– máxima actualidad y relevancia.

Muchos de los partidos de la ultraderecha europea están logrando conectar con eficacia los problemas ecológicos con los sociales, es decir, con los malestares de la gente para desarrollar un argumentario privativo y excluyente. Establecen un nexo entre “la tierra” y “el pueblo”, y afirman la creencia en una nación como sujeto colectivo enraizado en “su” territorio, creándose así una peligrosa tríada territorio (naturaleza)–nación–pueblo. Esta tríada les sirve para entrelazar cuestiones medioambientales con la inmigración, justificando ideas racistas y xenófobas, así como el cierre de fronteras, ideas y prácticas que se expresan cada vez de forma más abierta y desacomplejada (el último episodio se ha visto con el tratamiento a los refugiados afganos). Se trata de una visión esencialista de la nación y de la ciudadanía, excluyendo de forma tajante y definitiva a la ciudadanía a toda persona nacida en otros territorios.

Este *etnonacionalismo* –como lo denominan Schaller y Carius–⁸, basado en cuestiones étnicas, *völkisch* e interpretaciones ultraconservadoras del cuidado de la naturaleza está presentes en muchos de los partidos actuales de ultraderecha. Estos partidos, como dirían Biehl y Staudenmaier, «invocan nuevamente temas ecológicos para ponerlos al servicio de la reacción social».

8 Stella Schaller y Alexander Carius, *Convenient Truths*, Adelphi, Berlín, 2019.

Muchos de estos partidos utilizan retóricas populistas, esto es, dividen a la sociedad en dos bloques: “el pueblo”, puro y auténtico, y “las elites”, corruptas, globalistas y alejadas de los intereses nacionales. A su vez, la supuesta pureza del pueblo en términos raciales se equipara con la pureza natural.

Otra característica derivada de su acervada defensa de la soberanía nacional es su reticencia a cualquier forma de globalismo, multilateralismo o cosmopolitismo. Es esa filia localista la que conduce a varios de estos partidos a apoyar las energías renovables, ya que permiten reducir la dependencia energética y favorecen la creación de empleo localmente.

Aunque caben ciertas generalizaciones sobre estos partidos, existe un amplio rango de posiciones en cuestiones ecológicas dentro de la ultraderecha europea. Como muestran Schaller y Carius, 7 de los 21 partidos populistas de extrema derecha europeos niegan el consenso científico sobre el cambio climático y sus causas (los negacionistas más convencidos son el británico UKIP y el partido alemán AfD, que, sin embargo, vivió una polémica interna sobre el tratamiento del cambio climático después de los negativos resultados en las elecciones europeas de 2019). Sin embargo, la mayoría de los partidos (11) despliegan visiones inconsistentes o ambiguas, como el francés Agrupación Nacional, la Liga (Italia) y el PiS polaco –a este grupo habría que añadir a Vox, con posiciones muy variables, por ejemplo,

en torno a cambio climático, dependiendo del o la ponente en sus intervenciones parlamentarias–, mientras que tres partidos se alinean con el consenso científico: el húngaro Fidesz, el Partido de los finlandeses y el lituano Orden y justicia, los tres involucrados en tareas de gobierno.

Estas visiones, junto a la retórica de la superpoblación (siempre sobran “los otros”, claro) se complementa con el “no cabemos todos” –que evoca el concepto nazi del *lebensraum*, el espacio vital– y se incorpora la ética del bote salvavidas (que, de hecho, es la que ya se está aplicando en la gestión de las migraciones desde el Norte global).

Tales elementos conforman los mimbres para un posible argumentario ecoautoritario, a tenor de los retos que va planteando la crisis ecosocial y cuyas amenazas, agitadas adecuadamente, avivan los miedos, a los que la ultraderecha europea –y de otros lugares– responde con miopes promesas de seguridad y protección. La ideología que está tomando cuerpo puede adquirir tintes violentos no solo dialécticos sino físicos como muestran los atentados de Christchurch (Nueva Zelanda) y El Paso (EEUU).

Al explorar la experiencia alemana, Biehl nos advierte de los peligros del mal uso de las ideas ecológicas para lograr los propios fines. Y es precisamente el acento en las cuestiones sociales y la atención al bienestar de la ciudadanía lo que Biehl considera la única salida para evitar que el ecologismo se deslice hacia «respuestas

autocomplacientes, o derive en un fascismo bañado con una pátina ecologista», llámese fascismo o de otra forma, una posibilidad real en un contexto de crisis ecosocial.

Las palabras de Biehl siguen conservando hoy todo su valor al señalar que no todo pensamiento ecologista se vincula a la izquierda de forma automática y revela esa otra cara del ecologismo regresivo. Ante los argumentos que empieza a desplegar la ultraderecha se hace evidente que la amenaza del ecofascismo, del que nos alerta este texto, vuelve a cobrar relevancia en la tercera década del siglo XXI.

LA «ECOLOGÍA» Y LA MODERNIZACIÓN DEL FASCISMO EN LA ULTRADERECHA ALEMANA

Janet Biehl

Es un hecho incontestable que la actual crisis ecológica es real. La biosfera está sufriendo daños profundos de diferentes maneras y en vastas zonas del planeta, algunas de ellas ya convertidas en lugares inhabitables debido a los desechos tóxicos y los desastres provocados por las plantas nucleares. Mientras, la polución sistémica, los agujeros de ozono, el calentamiento global y desastres de todo tipo continúan haciendo pedazos el tejido del que depende la vida entera. Que este daño lo provocan principal y abrumadoramente las corporaciones de la competitiva economía de mercado internacional nunca había estado tan claro como hasta ahora, del mismo modo que nunca había sido tan perentoria como en la actualidad la necesidad de

reemplazar la sociedad existente por otra como la que promueve la ecología social⁹.

En un momento en el que las condiciones económicas están empeorando y se ha producido una fuerte desafección política paralela a los desastres ecológicos, las ideas nacionalistas e incluso los idearios fascistas están logrando elevar su perfil en Europa y, aunque no en exclusiva, eso destaca sobre todo en la República Federal de Alemania. Con las tensiones sociales exacerbadas, grupos neofascistas de diferente pelaje obtienen representación electoral incluso aunque sus vinculadas cohortes cometan actos de violencia contra los extranjeros. Dichos grupos, tanto los skinheads como los «intelectuales», conforman una «nueva» derecha que, de forma explícita, extrae sus ideas del fascismo clásico. Tal y como escribe Jutta Ditzfurth, están actualizando los antiguos temas nacionalistas, místicos y misántropos de la «vieja» derecha, en un intento de «modernización del fascismo». Entre otras cosas, utilizan una interpretación derechista de la ecología como «un “giro” ideológico para organizar la escena neofascista y de extrema derecha»¹⁰.

9 Acerca de la ecología social, véanse los muchos trabajos de Murray Bookchin, especialmente *Remaking Society*, South End Press, Boston, 1989 [en castellano: *Rehacer la sociedad*, LOM Ediciones, Chile, 2012] y *Urbanization Without Cities*, Black Rose Books, Montreal, 1992.

10 Jutta Ditzfurth: *Feuer in die Herzen: Plädoyer für eine Ökologische Linke Opposition*, Carlsen Verlag, Hamburgo, 1992, 3.ª parte, esp. pp. 158 y 172. Anteriormente, Ditzfurth fue una de las principales representantes de los izquierdistas dentro de Los Verdes alemanes. En la actualidad, puesto que

Los fascistas de hoy en día poseen un legado ideológico diferencial del cual beben directamente, gracias a sus predecesores. De hecho, la *ecología* o la reverencia mística por el mundo natural no son una novedad dentro del nacionalismo alemán. A finales del siglo XIX, una revuelta cultural contra el positivismo barrió gran parte de Europa, tal como escribe George L. Mosse, y en Alemania se fusionó tanto con el naturalismo místico como con el nacionalismo racional. Esta revuelta

...está íntimamente ligada a una creencia en la fuerza vital cósmica de la naturaleza, una fuerza oscura cuyos misterios no podían ser comprendidos a través de la ciencia, sino mediante lo oculto. Una ideología basada en dichas premisas se vio refundida con las glorias de un pasado ario y, a la vez, ese pasado fue reinterpretado en clave romántica y mística¹¹.

Llegando a su clímax durante la década de 1920, esa corriente se agrupó alrededor de la idea del *Volk* alemán, una selección de ideas ocultistas y pseudocientíficas basadas en

Los Verdes han dejado de lado su radicalismo, Ditzfurth se encuentra involucrada en la organización de la Izquierda Ecológica (Ökologische Linke) en Fráncfort.

11 George L. Mosse: «The Mystical Origins of National Socialism», *Journal of the History of Ideas*, vol. 22, n.º 1, enero de 1961, p. 81. Véase también Jeffrey A. Goldstein: «On Racism and Anti-Semitism in Occultism and Nazism», en Livia Rothkirchen (ed.): *Yad Vashem Studies*, n.º 13, Jerusalén, 1979, pp. 53–72.

un nacionalismo y racismo románticos, y en una fe mística de adoración a la naturaleza. De hecho, como señala Mosse, la palabra alemana

*...«Volk» es un término mucho más profundo y amplio que «pueblo» para los pensadores alemanes ya desde el nacimiento del romanticismo alemán, a finales del siglo XVIII. «Volk» significaba la unión de un grupo de gente con una «esencia» transcendental. Esta «esencia» podía denominarse «naturaleza» o «cosmos» o «mythos», pero cada una de ellos estaba fusionado con la naturaleza humana más profunda, y representaba el origen de su creatividad, la profundidad de sus sentimientos, su individualidad y su unión con otros miembros del Volk.*¹²

El movimiento *völkisch* de la década de 1920 sancionó como maligno y ajeno a esta *esencia* el materialismo, el urbanismo, el racionalismo y la ciencia.¹³ En un momento de amarga dislocación social, consideró que la democracia de Weimar era producto de unos ideales democráticos y liberales occidentales ajenos; y, más aún, lo tildó de régimen

12 George L. Mosse: *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich*, Grosset & Dunlap, Nueva York, Universal Library, 1964> P- 4-

13 Acerca del movimiento *völkisch*, véanse George L. Mosse: *Crisis...*, *op. cit.*; Fritz Stern: *The Politics of Cultural Despair: A Study in the Rise of the Germanic Ideology*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1961; y Walter Z. Laqueur, *Young Germany: A History of the German Youth Movement*, Basic Books, Nueva York, 1962.

marioneta controlado por personas que no representaban la *esencia* alemana. Muchos alegaron que una conspiración judía mundial se escondía tras los desmanes de la modernidad, que incluían el consumismo materialista, el desalmado industrialismo, una cultura comercial homogeneizada y un exceso de tecnología moderna. Se afirmaba que todo ello estaba destruyendo sistemáticamente los valores alemanes tradicionales. Solo los auténticos patriotas podían salvar a los alemanes de la ruina o, lo que es lo mismo, solo la extrema derecha –ellos mismos– podía hacerlo.

Este movimiento buscaba reivindicar una alternativa auténticamente alemana, de naturaleza tan racista como nacionalista. Los populares escritos de Paul Lagarde y de Juhus Langbehn favorecieron un orden social aristocrático según el cual los alemanes podían gobernar el mundo. Dicho orden invocaba un romanticismo innato, en el cual la cercanía al entorno natural proporcionaba un sentido superior de vivacidad y *autenticidad*.

Avanzaba una nueva fe cósmica, encarnada en la sangre «aria», que debía ser comprendida, no a través de la ciencia, sino mediante la intuición y a través de una plétora de creencias ocultistas y esoterismos espirituales que se encontraban por doquier en la Alemania de 1920. Los sistemas de creencias místicas como la teosofía, la antroposofía y la ariosofía –arianismo místico– abundaban y estaban llenos de elementos del nacionalismo alemán, de tal

manera que podían ser usados para mistificar un nacionalismo «ecológico».

Sin embargo, casi de manera inadvertida, los nacionalistas románticos del movimiento *völkisch* se convirtieron en una importante fuente de ideología nacionalsocialista, aupada irónicamente sobre estos sentimientos antimodernos, a la vez que construían un Estado totalitario tecnológicamente moderno y virulentamente genocida y nacionalista. La idiosincrasia particular del orquestado adoctrinamiento nazi, incluso con su régimen ya volcado en el asesinato en masa, apelaba de forma demagógica a un sentimiento de alienación muy real, y prometía recobrar la *autenticidad* a través de un nacionalismo místico y romántico «más cercano a la naturaleza». Señalando la necesidad de volver a modos de vida más sencillos, saludables y «naturales», promovieron la idea y la práctica del «campesinado nórdico» orgánicamente ligado al territorio, pese a que construyeron una sociedad cuya industria era más moderna y estaba más racionalizada que la de cualquier otra sociedad germana que hubiera existido hasta entonces.

En la actualidad, la denominada «nueva derecha» apela a reminiscencias del movimiento *völkisch* en la Alemania pre-nazi. También ella se presenta a sí misma como la garante de una alternativa «ecológica» a la sociedad moderna. Según su punto de vista, la destrucción del medioambiente y la represión de los nacionalismos tiene un origen común en el monoteísmo y universalismo

«semíticos». En su forma última, la cristiandad y sus subsecuentes formas secularizadas –el liberalismo y el marxismo–, ese universalismo dualista y homogeneizante, habrían provocado presuntamente tanto la crisis ecológica como la supresión de la identidad nacional. Del mismo modo que el universalismo judeocristiano fue el destructor de culturas enteras cuando los misioneros cristianos partieron a evangelizar el mundo, la modernidad está eliminando culturas nacionales y étnicas. Más aún, consideran que dicho universalismo moderno y su desenfrenada tecnología han perpetrado no solo la destrucción de la naturaleza sino también la aniquilación del espíritu. Esta destrucción de la naturaleza, dicen, amenaza la vida en el ámbito espiritual del mismo modo que lo hace en el mundo físico, ya que cuando la gente reniega de la prístina naturaleza bloquea su acceso a su ser «auténtico».

Según este desarrollo ideológico, el país que actualmente estaría imponiendo de maneras más agresivas este legado «semítico» dualista y universalista sería Estados Unidos, en cuya cultura «mestiza», todas las culturas y razas se mezclan entre sí, conformando una sociedad vulgar y sin alma. El imperialismo cultural estadounidense es el genocida de otras culturas del planeta y su imperialismo tecnológico estaría destruyendo el medioambiente global. La búsqueda fascista de la «identidad nacional» y la salvación ecológica busca contrarrestar la «civilización occidental» –es decir, a Estados Unidos–, como algo opuesto a la «civilización

europaea», anticipando así una noción que persigue que todas las culturas posean soberanía sobre sí mismas y su entorno natural. Europa debería convertirse, en lugar de en una monocultura modernizada, en una «Europa de patrias», en la que todos sus pueblos disfrutasen de autonomía. Del mismo modo que los turcos deberían vivir en Turquía y los senegaleses en Senegal, los alemanes deberían tener Alemania para ellos, argumentan los ideólogos de la «nueva» derecha.

La ecología puede ser fácilmente pervertida para justificar el nacionalismo. Las concepciones de la tierra de uno mismo como la propia «patria», o el *Heimat*¹⁴, pueden ser desviadas hacia un regionalismo basado en las tradiciones y el lenguaje de una región, ligadas místicamente al territorio «ancestral». La palabra «Heimat» señala también un giro hacia el pasado, hacia un sentir antiurbano, una comunidad familiar y la proximidad a la naturaleza. Durante varias décadas, el concepto fue observado con desagrado y recelo, puesto que los nazis lo habían utilizado como una idea propia, pero los intelectuales lo desempolvaron en la década de 1970, tras decenios de industrialización capitalista. Para

14 Heimat es una palabra femenina alemana que es difícil traducir, aunque puede encontrarse, en función de las circunstancias, como "tierra natal", "hogar" o "patria". Generalmente se corresponde con un sentimiento universalmente extendido. Heimat tiene connotaciones específicas de la cultura y la sociedad alemanas y, en concreto, del romanticismo, el nacionalismo, el estatismo y el regionalismo alemanes, por lo que no tiene un equivalente exacto en castellano. [N. e. d.]

un pueblo que busca reafirmarse frente a un intruso, un *Heimat* «ecologizado», en el cual se encuentran biológicamente insertados, puede convertirse en una herramienta útil, no solo contra el imperialismo sino también contra la inmigración, los extranjeros y la «superpoblación». Las elaboradas justificaciones para oponerse a la inmigración proveniente del Tercer Mundo se camuflan recurriendo a argumentos «ecológicos» contra la «superpoblación». Actualmente no son solo los fascistas los que invocan al *Heimat*—, en septiembre de 1988, por ejemplo, el dirigente de la respetable Liga para la Protección del Medioambiente y la Naturaleza, el conservacionista Hubert Weinzierl, remarcaba que

*... solo cuando la principal preocupación de la humanidad, la disminución de la presión de la superpoblación, haya sido vencida, tendrá sentido o posibilidad el construir un medioambiente que sea capaz de mejorar, de configurar el paisaje de nuestra civilización de manera tal que pueda seguir siendo merecedora de ser llamada «Heimat».*¹⁵

Por su parte, una ecología basada en la mística puede llegar a convertirse en una justificación para un nacionalismo propiamente místico. En el batiburrillo New Age actual, con sus afinidades por la ecología, la ultraderecha puede encontrar perfectamente el componente místico que necesita

15 Citado en Jutta Ditfurth: *Feuer...*, op. cit., p. 170.

para actualizar sus ideas y lograr un nacionalismo autoritario moderno. Del mismo modo que sucedió en la Alemania de entreguerras, los antirracionales cultos de la New Age –primitivistas y esotéricos– abundan tanto en la República Federal como en el mundo angloestadounidense. Es a este antirracionalismo y a dicho misticismo a los que apela la «nueva» derecha. Como apunta el editor anarquista Wolfgang Haug:

De hecho, la nueva derecha, quiere, por encima de todo, redefinir las normas sociales de manera que la duda racional sea considerada como decadente y eliminada, y que sean establecidas nuevas normas «naturales»¹⁶.

«Ecología» neofascista

La ecología es distorsionada para unos fines misticonacionalistas por toda una serie de grupos y partidos neofascistas. De hecho, tan múltiples son los partidos ecofascistas surgidos, y tanto se superponen sus miembros,

16 Wolfgang Haug: «“Pogromen beginnen im Kopf”», *Schwarzer Faden: Vierteljahresschrift für Lust und Freiheit* [Grafenau]; traducido como «“Pogroms Begin in the Mind”», en *Green Perspectives*, n.º 26, Vermont, mayo de 1992.

que conforman lo que los investigadores antifascistas llaman una «red ecofascista»¹⁷.

Su literatura programática a menudo combina ecología y nacionalismo de maneras que están diseñadas para instar a la gente a que no se consideren fascistas, mientras que, al mismo tiempo, apoyan ideológicamente la lucha callejera de los *skinheads* y su perpetración de ataques violentos contra los extranjeros.

Nacionalrevolucionarios ¹⁸

Los nacionalrevolucionarios (NR), en su instrumentalización de la ecología para el nacionalismo, amalgaman de manera manipuladora cuestiones importantes para la derecha y la izquierda, con la intención de difuminar las líneas ideológicas entre ambas. Recurren a

17Volkmar Wölk: «Neue Trends im Ökofaschistischen Netzwerk: Am Beispiel der Anthroposophen, dem Weltbund zum Schutz des Lebens und der ÖDP», *In bester Gesellschaft: Antifa-Recherche zwischen Konservatismus und Neo-faschismus*, Raimund Hethey y Peter Kratz (eds.), Verlag die Werkstatt, Göttingen, 1991. Wölk es portavoz de la VVN/ Bund of Antifascists y ha escrito y publicado extensamente sobre neofascismo.

18A no ser que se indique otra cosa, las citas en esta sección están extraídas de los documentos de los nacionalrevolucionarios: *Gegen Fremdherrschaft und Kapital* y *Grundsätze unseres Wollens – Die fünffache Revolution* (s. f.), tal y como están citados en Jutta Ditfurth: *Feuer...*, *op. cit.*, pp. 228–230.

una vieja doctrina de disenso de la derecha: la creencia de que una «tercera vía» entre el capitalismo y el socialismo es necesaria, y que Alemania está predestinada a guiar a la humanidad hacia ella.¹⁹ La «tercera vía» de los NR está basada en el nacionalismo, un socialismo «al modo específicamente nacional»,²⁰ es decir, un «socialismo nacional». Un ala del actual movimiento NR, llamada Solidaristen, se identifica con los hermanos Strasser, dos miembros del partido nazi que, en los años veinte, se tomaron en serio el aspecto «socialista» dentro del «nacionalsocialismo» y representaron al ala «izquierda» y anticapitalista de los nazis. A día de hoy, tanto Solidaristen como otros NR consideran a Otto Strasser como el «Trotski del nacionalsocialismo», debido a su lucha intestina con Hitler en el seno del partido durante la década de 1920. La expulsión de este sector por orden de Hitler, en 1930, fue considerada por ellos una traición al nacionalsocialismo.

El ideólogo actual de los NR, Henning Eichberg,²¹ realiza un

19 Walter Laqueur: *Germany Today. A Personal Report*, Little, Brown & Co., Boston, 1985, p. 152. Sobre la ideología strasserita, véase George L. Mosse: *Crisis...*, *op. cit.*, pp. 286–290.

20 Véase Hans–Georg Betz: «Ön the German Question: Left, Right, and the Politics of National Identity», *RadicalAmerica*, vol. 20, n.º 1, 1987, pp. 30–48.

21 A mediados de 1970, Eichberg se sumó a la crítica ecologista y se involucró en el emergente movimiento verde. Entre 1980 y 2002, colaboró con la revista *Wir Selbst*, donde intentó construir puentes entre nacionalrevolucionarios de derechas, intelectuales de la Nueva Izquierda y ecologistas. Junto con Alfred Mechttersheimer (en aquellos momentos

llamamiento a la reafirmación de la «identidad nacional» y en pos de un «nacionalismo liberador». En su intento de apelar a la derecha y a la izquierda, las publicaciones de los NR han dado apoyo a movimientos de liberación nacional de todo el espectro político tradicional, incluyendo a los irlandeses, los vascos, ucranianos y afganos, así como a los sandinistas.²² Calificaban la Alemania dividida de «país ocupado a consecuencia de las políticas imperialistas de las fuerzas de ocupación», y buscaban «liberarla», incluyendo a Austria en esta tarea libertadora. Ahora que Alemania ha sido liberada de dicha «ocupación», los nacionalrevolucionarios están preparados para concentrarse en su «reunificación» con Austria.

Eichberg califica el judeocristianismo como el origen primigenio de todos los males actuales, ya que es básicamente intelectual y aliena a la humanidad tanto de sí misma como de lo divino; y descuida las emociones y el cuerpo. Ligado como está a la lógica del productivismo y la cristiandad, Eichberg lo considera la «religión del crecimiento», que debe ser combatida a toda costa. Para ayudar a cultivar la «identidad nacional», propone constituir

parlamentario de Los Verdes), creó el concepto «pacifismo nacionalista». En 1982, emigró a Dinamarca y, aunque colaboró con diferentes grupos socialistas, fue especialmente activo dentro del Danish People's Academies (*folke-hojskoler*), que se identifican con el retorno democrático de 1948 y con el populismo romántico (o nacionalismo romántico). Murió en 2017. (*N. de la T.*)

22 Véase Hans-Georg Betz: «On the Germán Question...», *op. cit.*

una nueva religión que mezcle las religiones neopaganas alemanas, celtas e hindúes, junto con las viejas ideas *völkisch*–nacionalistas. Esta debe basarse en la

...sensualidad y la corporeidad de la danza y el ritual, la ceremonia y el tabú, la meditación, el rezo y el éxtasis. En esencia, se constituye ella misma como una forma de «praxis» contra la «religión del crecimiento», puesto que sus «sensuales contraexperiencias» pueden restaurar en la humanidad un contacto más cercano con la naturaleza.

Con una retórica que recuerda a la de muchos de los defensores de la New Age de Estados Unidos, Eichberg emplaza al regreso a la naturaleza primigenia, a los supuestos orígenes primordiales de las vidas, psiques y culturas auténticas de los pueblos, así como a la tarea de sanación personal como parte del proceso de reversión de la crisis ecológica, para sobreponerse a la alienación individual y redescubrirse.²³

Los nacionalrevolucionarios explotan los temas ecológicos no solo para construir religiones New Age primitivistas, sino

23 Henning Eichberg: «Produktivistische Mythen: Etwas über die Religion in der Industriekultur», en Holger Schleip (ed.): *Zurück zur Natur–Religion?*, Hermann Bauer Verlag, Freiburg, 1986. Irónicamente, el editor Schleip es miembro tanto de Los Verdes como de la secta *völkisch*–racista Deutsche Unitarier. La editorial Hermann Bauer Verlag es la más grande de Alemania sobre literatura New Age. El contenido del artículo de Eichberg está resumido en Volkmar Wölk: «Neue Trends...», *op. cit.*, p. 126.

también para su actividad política. Durante la década de 1970, se organizaron en torno a las luchas contra la energía nuclear, paralelamente al movimiento de iniciativa ciudadana. Como señala Walter Laqueur:

...[con] su antiamericanismo cultural y su apoyo a los movimientos de liberación nacional en muchos lugares del planeta, los «nacionalsocialistas» intentaron rebasar a sus contemporáneos izquierdistas. Algunos proponían el Sinn Féin como modelo para los nacionalrevolucionarios alemanes, otros sugirieron una «balcanización política» en Alemania y Europa como solución a todas las cuestiones pendientes.²⁴

Otros nacionalrevolucionarios adoptaron un enfoque político diferente: a finales de 1970 se unieron a Los Verdes, por entonces recién creados, donde algunos de ellos medraron y consiguieron ocupar distintos cargos durante un tiempo.

En octubre de 1980, la Alternative Liste²⁵ de Berlín

24 Walter Laqueur: *Germany Today*, op. cit., p. 153. Laqueur cita el artículo de Henning Bichberg «Balkanisierung für jedermann», publicado en el semanario de los nacionalrevolucionarios *Wir Selbst* («una publicación en defensa de la identidad nacional y la solidaridad internacional»), mayo–junio de 1983. La derecha alemana ha mostrado interés en el IRA desde la década de 1920; el título de su publicación *Wir Selbst* («Nosotros mismos») es una traducción de *Sinn Féin*.

25 Alternativen Liste für Demokratie und Umweltschutz (Lista Alternativa por la Democracia y la Protección del Medio Ambiente). Fundada en 1978 como un partido independiente de Los Verdes, en 1980 se convirtió en la organización regional de aquellos, aunque conservando su denominación

occidental decidió, para empezar, que no podían trabajar con los nacional-revolucionarios, a los que consideraban incluso más peligrosos que a los neonazis, ya que ocultaban sus auténticas intenciones bajo un velo de programas de base y ecologistas. La mayor parte de ellos acabaron siendo expulsados de Los Verdes, al menos según la información que pueden dar los actuales miembros del partido.²⁶

***Freiheitliche Deutsche Arbeiterpartei* ²⁷ (*Partido Obrero Alemán de la Libertad*)**

Al igual que los nacionalrevolucionarios, el Partido Obrero Alemán de la Libertad (FAP, por sus siglas en alemán) hace un llamamiento al «nacionalsocialismo», pero a uno basado en «un sentimiento de comunidad en vez de en un sentimiento

original. (*N. de la E.*)

26 Véanse Hans-Georg Betz: «On the German Question», *op. cit.*, pp. 45–46; y Volkmar Wölk: «Neue Trends...», *op. cit.*, p. 123.

27 A no ser que se indique lo contrario, las citas en esta sección están extraídas del Programa de Acción del FAP (editado el 15 de agosto de 1990); los estatutos del FAP (15 de agosto de 1989); «Basic Principles y Goals of the fap – Electoral Program for Rhineland–Westphalia» (s. f.) y «Overview of Members of the Party Executive Committee for the Provincial Associations» (15 de agosto de 1990), todos ellos se han transcrito tal y como se citan en Jutta Ditfurth: *Feuer...*, *op. cit.*, pp. 229 y ss. Desde principios de 1993, época en la que originalmente se escribió este artículo, el FAP ha sido ilegalizado y prohibido en la RFA.

de lucha de clases».

El FAP no busca reconciliación alguna con los izquierdistas; proclama, abierta y militantemente, su apoyo a las ideas nazis, glorifica la raza y la nación y es más hitleriano que strasserita. Loa a los soldados alemanes cuyos «logros» durante las dos guerras mundiales «seguirán siendo admirados durante mil años». El FAP está controlado en gran medida por El Movimiento (Die Bewegung), que busca restablecer el partido nazi, el NSDAP, dentro de la República Federal y unir a todos los grupos fascistas bajo su tutela.²⁸

El FAP recluta a sus miembros entre los *skinheads* y los hinchas futbolísticos, y sus actividades incluyen actos de violencia, incendios provocados y ataques racistas a extranjeros. Promueve los eslóganes más crudos de «Alemania para los alemanes. Extranjeros fuera»,²⁹ «Repatriación de los extranjeros», «Contra el derecho de voto a los extranjeros», y exigen el fin del «loco entusiasmo por la integración».³⁰ Los alemanes de hoy en día no deben arruinar «el legado de nuestros padres», el «patrimonio cultural». Además de ello, según su punto de vista,

28 Véase Christopher T. Husbands: «Militant Neo-Nazism in the Federal Republic of Germany in the 1960s», en Luciano Cheles, Ronnie Ferguson y Michalina Vaughan (eds): *Neo-Fascism in Europe*, Longman Group, Essex, 1991.

29 Véase Christopher T. Husbands: «Militant Neo-Nazism...», *op. cit.*

30 Véase Christopher T. Husbands: «Militant Neo-Nazism...», *op. cit.*, p. 96.

Alsacia–Lorena, el sur del Tirol y Austria pertenecen a Alemania y deben ser reposeídas.

Los nazis del FAP desprecian especialmente el «cosmopolitismo humanísticamente orientado». El marxismo, el liberalismo y la cristiandad han «arrancado la humanidad de su conexión con los ciclos naturales de nuestro planeta». Creen que ningún «ambientalismo técnico» tendrá éxito frente a «la cada vez más obvia catástrofe medioambiental». Y que, más bien, las «distorsionadas relaciones entre la humanidad y el resto de la naturaleza» requieren de una «revolución ecológica» y de «una revolución radical de la conciencia» que «conducirá a la humanidad a una reintegración dentro de la estructura de la vida planetaria». Según ellos, necesitamos una nueva ética en que «la humanidad, los animales y la naturaleza sean considerados como un conjunto. Los animales no son una cosa», sino que son «formas de vida que sienten alegría y dolor y que necesitan de nuestra protección». No es una sorpresa, por ello, que la FAP catalogue el aborto como «un crimen contra las leyes de una naturaleza saludable y contra Dios».

Y, sin embargo, cayendo en una obvia contradicción con sus propios principios, sus exigencias específicamente medioambientales son compatibles y favorables al capitalismo: quieren un «crecimiento económico continuado», pero creen que el margen de beneficios perseguido debe ser menor. Creen que «las necesidades ecológicas [...] deben ser desarrolladas en sintonía con el

funcionamiento de la economía», mientras que «el sistema cíclico de la naturaleza debería [...] ser incorporado al ámbito económico».

Die Republikaner (Los Republicanos)³¹

Los Republicanos, un partido político fundado en 1983 por un antiguo miembro de las Waffen-ss, Franz Schönhuber, han realizado múltiples declaraciones en las que rechazan cualquier tipo de asociación con los nazis; se presentan a sí mismos simplemente como «una comunidad de patriotas alemanes». Sin embargo, esto no evita que adopten posturas explícitamente antiinmigrantes, especialmente contra los turcos, ni tampoco les impide aprovechar el descontento acerca del influjo que tienen los extranjeros en general, o mantener que Alemania debería «ser para los alemanes». Consideran que la presencia de una «oleada» de demandantes de asilo en la República Federal provoca «la

22. Las citas en esta sección han sido extraídas del programa básico que Los Republicanos adoptaron durante su primer congreso federal el 26 de noviembre de 1983, en Múnich; también del programa de 1987 de Los Republicanos; asimismo se han extraído citas de «Ja zu Europa – Nein zu dieser EG – Deutsche Interessen haben Vorrang», la Declaración de Dinkelsbühl de Los Republicanos de cara a las elecciones europeas de 1979; y del programa político de Los Republicanos del año 1990, tal como los cita Jutta Ditfurth: *Feuer...*, op. cit., pp. 228 y ss.

importación de criminales», «tensiones sociales» y «cargas económicas».

Los Republicanos hacen un llamamiento a la «preservación de la existencia del *Volk* alemán, su salud y su espacio ecológico vital (*Lebensraum*) como una prioridad dentro de la política nacional». «Este objetivo –añaden– también promoverá la protección medioambiental.» De hecho, los desastres ecológicos están poniendo en peligro la «salud» de los alemanes, y con «salud» se refieren a la «salud genética» del pueblo alemán. Esta tiene «un valor mayor que los beneficios a corto plazo y las luchas por un mejor nivel de vida». Proteger y mantener un «medioambiente saludable» no solo asegura «los medios de vida de nuestro pueblo», sino que supone «un deber patriótico». Los Republicanos son estrictamente antiabortistas en lo que respecta a las mujeres alemanas; sin embargo, para el Tercer Mundo es necesaria una «planificación familiar significativa» para acabar con la «explosión demográfica» y su consecuente amenaza para el medioambiente; sin ella, tendrá lugar una «catástrofe natural y la hambruna».

Nationaldemokratische Partei Deutschlands (Partido Democrático Nacional de Alemania) ³²

El Partido Democrático Nacional de Alemania (NPD, por sus siglas en alemán) fue fundado en 1964 principalmente por antiguos miembros activos del movimiento nazi antes de 1945, y destacó en la década de 1960. Agresivamente nacionalista, este partido llamaba a la reunificación nacional alemana, mientras que su literatura programática se quejaba de cómo «dos guerras dentro de una misma generación [...] han consumido una gran parte de la salud del pueblo alemán», sin mencionar en ningún momento lo que estas mismas dos guerras hicieron con los judíos, tal y como áridamente expresa Ditzfurth. El NPD lamenta la destrucción del medioambiente, que «provoca efectos desastrosos en la salud del *Volks*». Los alemanes no deberían ser expuestos a «tintes químicos» y deberían ser protegidos de las «enfermedades hereditarias», mientras que las personas que padezcan SIDA deberían ser obligadas a «registrarse». La «preservación» del «pueblo alemán» requiere de las mujeres alemanas que sean prolíficas en la reproducción y la crianza de los hijos y, por ello, el NPD está contra la

32 A no ser que se indique otra cosa, las citas de esta sección han sido extraídas del programa de Düsseldorf del NPD 1973; de la declaración de 1988 *Wurfsendung*, también del NPD; y del periódico editado por el NPD *Deutsche Stimme*, n.º 4–5, 1992, tal como los cita Jutta Ditzfurth: *Feuer...*, *op. cit.*, pp. 228 y ss. Para más información sobre el NPD en general, véase David Childs: «The Far Right in Alemania Since 1945», incluido en Cheles, Ferguson y Vaughan (eds): *Neo-Fascism in Europe*, *op. cit.*

«devaluación y la destrucción de la familia». Ya que el aborto amenaza «la existencia biológica de nuestro pueblo», las mujeres que abortan deberían ser castigadas. El partido exige una formación maternal y doméstica para la «juventud femenina».

En 1973, el NPD publicó un «Manifiesto ecológico» que invocaba las «leyes de la naturaleza» para justificar un orden «orgánico», jerárquicamente estructurado, que gobernaría las relaciones sociales.³³ Carga contra el «medioambiente contaminado y envenenado por una humanidad que vive cada vez más aislada dentro de una masa degradada», y que no es más que «el síntoma más evidente del arruinado equilibrio entre la humanidad y la naturaleza». En los años transcurridos desde entonces, la retórica del NPD ha girado cada vez más hacia un discurso orientado a la New Age; actualmente apela a «recuperar [...] la conciencia medioambiental, tan necesaria para la vida». Lograr esta conciencia, como afirma su programa de 1988,

... requiere primero una revolución interna del pensamiento humano. No es la acumulación ilimitada de bienes materiales o el consumo infinito lo que le proporciona sentido y felicidad a la vida humana, sino la

24. Hans-Georg Betz: «On the German Question...», *op. cit.*, p. 35.

25. Las citas en esta sección están extraídas de un panfleto de la DVU (C. 1990) y del texto «Overview of the Members of the Party Executive and the Provincial Associations», del 20 de noviembre de 1989, tal como los cita Jutta Ditfurth: *Feuer...*, *op. cit.*, pp. 228 y ss.

experiencia de la naturaleza, la preocupación por los valores culturales y una seguridad social para la familia y el Volk.

De hecho «la conciencia del *Volk* y la conciencia medioambiental son inseparables», ya que «millones de extranjeros» amenazan «la existencia misma del *Volk*».

Deutsche Volksunion (Unión del Pueblo Alemán) ¹⁵

La Unión del Pueblo Alemán (DVU, por sus siglas en alemán) fue fundada por Gerhard Frey (nacido en 1933), veterano activista y editor de contenidos de ultraderecha, que sigue siendo la figura clave del movimiento [murió en 2013]. Frey estuvo décadas obsesionado con la Segunda Guerra Mundial, editando las publicaciones del DVU, poniendo en duda la existencia, la historia y el retrato que se hace de los campos de concentración, y negando en general la culpa alemana. Sus publicaciones ofrecen, además, la venta de recuerdos nazis. El DVU proclama que «Alemania debería seguir siendo alemana» y hace un llamamiento a «priorizar la vivienda social en Alemania para los alemanes» y a cultivar la «identidad nacional y la autodeterminación». Para el DVU, la protección medioambiental significa aprobar «causticas

leyes contra los contaminadores», «un estricto examen de los alimentos importados» e imponer restricciones a la experimentación animal y a la «tortura de animales». Proteger la vida significa «poner fin al abuso del aborto».

EL ECOFASCISMO QUE VIENE

Eva G. Sempere³⁴

La crisis ecológica es tan seria que es urgente no hacer nada al respecto.

Michael Lowy parodiando las conclusiones de las grandes cumbres del clima

Hace ya tiempo que se viene alertando de que el

³⁴ Bióloga y Coordinadora federal del Área de Medio Ambiente de Izquierda Unida.

decrecimiento no es una opción que podamos elegir. El acaparamiento de tierras, la entrada del agua en el mercado de futuros, los picos de los combustibles fósiles y la búsqueda a la carrera de nuevos yacimientos de minerales, los crecientes desplazados ambientales, nos hablan de que ya es una realidad el decrecimiento.

Sabemos, y especialmente lo sabe el capital, que hemos de decrecer en términos globales el consumo de recursos naturales. Pretender que se haga de igual manera entre quienes nos han traído hasta esta situación, enriqueciéndose de camino, y quienes estamos pagando las consecuencias de un sistema devorador de recursos y personas es increíblemente perverso.

Porque no todas somos igualmente responsables. Y nos encontramos ante dos posibilidades. Una, la que ya conoce y propone el sistema capitalista, que básicamente se trata de decrecer a través del mercado y sus representantes públicos más o menos violentos, llegando a un escenario ecofascista en el que unos pocos acumularán todos los recursos y la inmensa mayoría se quebrará en una sociedad con falta de agua, en permanente inseguridad alimentaria y sufriendo enfermedades y tragedias asociadas al cambio climático.

Pero, ¿a qué nos referimos con «ecofascismo»?

Hasta hace relativamente poco se ha utilizado este

término para denigrar al ecologismo por parte de medios de derecha, alertando frente a posiciones que plantean que los recursos del planeta son finitos y que es imposible seguir dejando en manos del mercado su regulación. No gastaremos ni media gota de tinta en ello.

La acepción a la que nos referimos, y que nos preocupa, es aquella con la que describimos un escenario de futuro cada vez más cercano en el que, a través de sistemas políticos y poderes económicos, cada vez menos personas tengan acceso a los recursos materiales necesarios para sostener una vida digna. ¿Cómo? Extrayéndolos de otros lugares, arrebatándolos a las personas más vulnerables.

No desvelamos nada nuevo si decimos que estamos en un momento de enorme deterioro ecológico. Recientemente, la pandemia del coronavirus ha puesto de manifiesto la fragilidad de nuestra sociedad, que entra en crisis sanitaria a consecuencia del ataque a la biodiversidad y los ecosistemas. El modelo de producción capitalista, depredador de territorios, nos pone en riesgo sanitario acabando con las barreras naturales que representa la biodiversidad.

Pero no es el único problema al que nos enfrentamos de manera urgente: la disminución de los recursos hídricos, el agotamiento de las tierras fértiles, la crisis energética o la pérdida de biodiversidad cultivada que permite adaptarse a las condiciones cambiantes del clima o las plagas venideras

son algunos de los retos que tenemos ahora mismo sobre la mesa.

El ecofascismo basa su acción en convencernos, por una parte, de que no existe ninguna crisis ecológica, ninguna emergencia climática. Y, por otra, de que hay que adoptar medidas en el ámbito del mercado para garantizar que aquellos que puedan pagarlo sigan pudiendo acceder a los recursos necesarios. Se ayudan, eso también, de un ideario profundamente racista: no hay recursos para todos, y tenemos que protegernos para que no nos los arrebaten.

Cínico, realmente, teniendo en cuenta que España importa el 80 % de la energía y el 75 % de los minerales, fundamentalmente de América Latina y África, y que los alimentos consumidos requieren el doble del territorio nacional. Somos parte de eso que se ha venido a llamar «capitalismo caníbal».

Y ojo, que esta realidad no es incompatible con un descenso del acceso a los recursos por parte de las capas más vulnerables de nuestra sociedad: pobreza energética, falta de alimentos sanos y sostenibles, falta de acceso al agua... Existencias abocadas a vivir en los bordes del sistema aquí y ahora, también.

El término «ecofascismo» también es adecuado si tenemos en cuenta que esa extracción de recursos, en muchas ocasiones, se hace de manera violenta: desalojos de

campesinos para quedarse con tierras de interés minero, hídrico o para acceder a tierras de interés ganadero. Siempre con el apoyo de gobiernos que dejan en la cuneta a su propia población por intereses económicos. O, en casos aún más extremos, fomentando guerras en distintos puntos del planeta para hacerse con los recursos necesarios (petróleo, agua, etcétera).

La cuestión ahora es construir una alternativa que haga frente a esta realidad. En mi opinión, y a pesar de los muchos avances que han hecho algunos países del ámbito de la socialdemocracia, esta no es ni podrá ser quien haga frente al ecofascismo emergente.

¿Por qué falla la socialdemocracia?

Hay una fantástica metáfora acerca de la mano izquierda del Estado, acuñada por el sociólogo francés Pierre Bourdieu, en la que explica que la mano derecha del Estado, generalmente representada por el Ministerio de Economía, pero también nos vale en este caso Industria, *v. g.*, es la mano fuerte, poderosa, la que tiene los recursos y diseña el país y la vida. Bordieu habla de que las áreas sociales de los gobiernos son su mano izquierda: insuficientes, sin poder real, intentando tapar los agujeros sociales que abre la mano derecha.

Las políticas ambientales están también en esa mano izquierda, y no consiguen cambiar las políticas económicas e industriales: la educación ambiental, las campañas de reciclaje o la elección de consumir productos ecológicos, por sí mismos, sirven de muy poco si no enfrentamos un cambio integral del modelo de producción, distribución y consumo.

Hacer frente a la emergencia climática no es solo hacer la transición a las energías renovables. Si sabemos que es imposible hacer una transición a un sistema energético basado al 100 % en energías renovables a escala planetaria, porque las reservas minerales no lo permitirían, ¿qué podemos hacer? Habrá que priorizar el uso de materiales, definir qué es indispensable para una vida digna y qué no lo es, redefinir el modelo de consumo y adecuar la producción a objetivos sociales y ambientales que permitan garantizar esa vida digna a todas y en todo momento.

Hacer frente al descenso de recursos hídricos implica mucho más que sistemas de eficiencia en el uso del agua, o mejora en los sistemas de regadío. Implica una intervención decidida en el uso del agua en la agricultura, en garantizar el mantenimiento de los acuíferos y en planificar una producción alimentaria adecuada a la vocación del terreno. En Andalucía, por ejemplo, solo el 7-8 % de la producción se corresponde con la vocación propia (principalmente, seco). Se busca incrementar la producción en una carrera loca, mientras el desperdicio alimentario no cesa de aumentar y muchas familias no acceden a alimentos frescos

con la frecuencia necesaria para tener una alimentación nutricionalmente adecuada.

No estamos ante un problema de solución tecnológica ni económica (en el marco del libre mercado). El capitalismo verde no resolverá con vocación internacionalista ni de futuro el colapso ambiental al que estamos asomados, porque mantiene en su esencia un crecimiento económico que no es posible en un planeta de recursos limitados y con unos límites biofísicos ampliamente sobrepasados.

Estamos ante la necesidad acuciante de poner en pie un sistema político y económico basado en la redistribución de la riqueza y en la planificación democrática de la economía. Volvemos a los clásicos, sí, pero incorporando cuestiones que den respuesta a la situación en la que nos encontramos hoy.

Frente a un ecofascismo que expolia los territorios, pero también la fuerza de trabajo de las mujeres, externalizando tanto los costes ambientales como los cuidados, hemos de defender un modelo ecofeminista y decrecentista:

- Socialización de los medios de producción.
- Socialización de los recursos naturales.
- Socialización de la toma de decisiones.
- Socialización del poder.

Decía al principio que había dos opciones. Una de ellas, el ecofascismo. La otra, la que empezábamos a esbozar arriba: impulsar políticas valientes de planificación democrática de los recursos y los medios de producción. Necesitamos una intervención valiente en la planificación agraria, en los transportes, en el sistema energético, en la cadena de producción–transformación y consumo... En definitiva, los sectores más responsables de las emisiones de efecto invernadero han de ser puestos en manos del común.

Para ello son necesarias políticas distintas a las que han venido ofreciéndose desde las políticas más o menos verdes del capitalismo de rostro amable, pero que no es otra cosa que maquillaje verde de las políticas habituales de competencia y crecimiento. Necesitamos políticas valientes que, desde lo público y desde lo común, nos lleven a redistribuir la riqueza a través de impuestos ambientales, a planificar la necesaria reconversión industrial (cuando no reindustrialización) para rescatar a las comarcas afectadas por el necesario cambio de modelo energético, pero también a los territorios que han sufrido años de desmontaje del tejido industrial para destinarlo a territorios de consumo turístico, sin derechos laborales ni sociales, expulsando a sus habitantes, destruyendo o banalizando el paisaje con construcciones e infraestructuras sin interés ni ninguna conexión con el contexto cultural de la zona y degradando finalmente el medio ambiente hasta límites insospechados en cuanto a la capacidad de carga del lugar.

Necesitamos también políticas de transporte, de servicios públicos, de producción–distribución–consumo radicalmente diferentes. La clave es producir lo que necesitamos como sociedad abandonando de una vez por todas el dogma de mercado de inventar nuevas necesidades para producir más.

Una sociedad basada en otro modelo de relaciones económicas y laborales que ajuste los usos a la capacidad de carga del sistema mientras cubrimos las necesidades de nuestra sociedad: la de aquí y ahora, la de allí y mañana.

Pero, y esto es fundamental, hemos de hacerlo teniendo muy clara la vocación democrática: esta planificación ha de ser hecha no solo *para*, sino *por* la propia sociedad. Y aquí sí, el papel y la responsabilidad de los pueblos es indiscutible: quién, cómo, cuándo y cuánto se decrece tendrá que ser planificado meticulosamente por políticas hechas por la clase que en primer lugar y mayoritariamente va a sufrir las consecuencias del cambio climático y la reducción de recursos. Asumiendo además que los cambios habrán de ser de raíz.

Sin embargo, y teniendo tan claras algunas de las cuestiones, no hemos podido resolver el qué hacer ahora mismo, cómo conseguir que estas medidas que sabemos necesarias para tener un futuro posible en este contexto de colapso sean entendidas, reclamadas e impulsadas por la sociedad en su conjunto.

Corremos el riesgo de caer en la melancolía de la frustración tomando un camino de todo o nada: si las políticas de capitalismo verde no son suficientes frente al ecofascismo que viene y no parece que tengamos cerca la revolución ecofeminista que necesitamos, ¿cuál es el camino? ¿Qué nos llevará más cerca del objetivo deseado? ¿Cómo podemos visibilizar las alternativas e impulsar una conciencia mayor de que la crisis ecológica es, en esencia, el reto más grande que tenemos frente a nosotros y que, sin resolverla, no habrá posibilidad de dar solución al resto de crisis: económica, energética, alimentaria, etcétera?

Aquí tenemos por delante una de las luchas recurrentes en el ámbito de la izquierda: la pugna por la hegemonía cultural.

No creo que las políticas que fían todo a la iniciativa individual sean demasiado útiles. Volcar toda la responsabilidad de la lucha ambiental en las personas consumidoras es una manera exquisita que tienen las grandes empresas y los Gobiernos afines a ellas para no asumir su propia responsabilidad impulsando los cambios legislativos necesarios y, por tanto, también los cambios en los sistemas productivos y de consumo necesarios para reducir el impacto ecológico. Sin embargo, tampoco conseguiremos el respaldo social necesario para poner en marcha todas las medidas necesarias mientras se mantenga la cultura del despilfarro como símbolo de estatus social, y la cultura de la austeridad y del disfrute de los bienes y

servicios frente a la propiedad de estos sea vista como «de pobres». Por tanto, acompañar las medidas políticas de una verdadera batalla cultural es indispensable.

Es curioso cómo estos días hemos visto, al calor de las noticias del drama del cierre de Alcoa o Nissan, que algunos aprovechaban para cargar contra el movimiento ecologista que pide un cambio de modelo productivo y la apuesta por una reindustrialización verde y social, como si estos cierres, al igual que en su momento la Naval, la siderurgia, etcétera, fueran fruto de algo distinto que el afán de lucrarse de algunas industrias y de decisiones políticas que nos llevaron a ser la verbena de sol y playa del sur de Europa.

Hace años que el movimiento del ecologismo social demanda medidas eficaces para proteger el empleo: no, no nos alegramos cuando anuncian cierres de fábricas o minas y miles de trabajadores quedan en la calle.

Demandamos que el tejido industrial asuma los cambios que ha de hacer para garantizar la protección del medio ambiente, aunque eso implique inversión económica y menores beneficios a repartir entre los consejeros, o implique modificaciones en la cadena productiva para adaptarse a las demandas actuales. Y sabemos, bien lo sabemos, que el gran miedo a la tan denostada «reconversión industrial» estriba en que ha sido mentira. Ha significado tradicionalmente miles de empleos perdidos, territorios devastados y vaciados y el impulso a sectores de bajo valor

añadido con alta precariedad y temporalidad en el empleo, sin apenas derechos.

Y es una realidad que los empleos del sector industrial, altamente sindicalizado, son empleos con más derechos, mejor remunerados y más estables (en términos generales) que aquellos correspondientes al tercer sector, e incluso al sector de las energías renovables.

Pero nuestra lucha va precisamente en esa línea: impulso desde las instituciones al cambio de modelo productivo y de relaciones laborales para una transición justa en lo ambiental y en lo social. De intervenir en la planificación industrial no para cerrar empresas, sino para garantizar una producción sostenible en términos ambientales y sociales. Es una obviedad que apostamos por disminuir el número de vehículos privados. Pero es igualmente obvio que reclamamos un aumento del transporte colectivo y, por tanto, se hace necesaria una industria que lo permita, así como numerosos empleos en mantenimiento e industria auxiliar.

Es una obviedad que queremos disminuir el consumo de insumos (plásticos desechables, productos de escasa durabilidad, etcétera) y elevar el consumo de calidad, así como impulsar y extender redes de economía colaborativa que permitan compartir bienes y servicios sin que ello signifique tener la propiedad de los mismos. Y por ello planteamos que hay que producir menos.

Pero se equivocan mucho quienes ven en esta posición un ataque a los empleos. Es un ataque a los beneficios industriales que se hacen a costa de nuestros recursos y nuestros cuerpos; es proponer que se redistribuya la riqueza y las horas de trabajo, para garantizar una vida digna trabajando menos, mucho menos, para trabajar todas. Es un ataque en toda regla a un sistema que produce sin parar, comprometiendo nuestro futuro, para vendernos necesidades que no teníamos envueltas en un móvil de última generación.

Todo esto significan políticas públicas que han de ser sostenidas y apoyadas por la sociedad. Y ahí es cuando vuelvo al principio: necesitamos una revolución cultural que permita poner en marcha estas medidas.

No basta, aunque es condición *sine qua non*, tener una red de transporte colectivo de calidad y que garantice la accesibilidad en horarios y espacios. Es importante también cambiar la mentalidad individualista de que «es necesario tener un coche».

Tampoco bastan políticas contra la obsolescencia programada si no cambiamos la creencia de que tener la última versión de (ponga aquí el dispositivo electrónico de elección) es símbolo de estatus social.

En resumen, poner en pie una sociedad que piensa distinto y consume distinto para que todas, las que están aquí y allí,

ahora y mañana, puedan tener acceso a una vida digna con las necesidades cubiertas.

Y para este reto global que tenemos frente a nosotras, será indispensable la unidad de quienes pensamos que es posible construir otra sociedad: la construcción de una hegemonía cultural, en el sentido más gramsciano del término, será imposible sin el concurso y la alianza entre los sectores productivos, el sindicalismo de clase, el feminismo y el movimiento ecologista.

LA PROPUESTA ECOFASCISTA

Carlos Taibo

Ecofascismo. Una introducción. Capítulo IV

Acometo en este capítulo un ejercicio de consideración de algunos de los rasgos que previsiblemente asumirá un modelo ecofascista. Lo hago, claro, con las cautelas que inevitablemente tienen que acompañar a una tarea que arrastra dimensiones especulativas muy notables. Por estas páginas pasan, de cualquier modo, la relación de ese modelo con democracias y autoritarismos, la dimensión represiva de aquel, el papel que cabe asignar a la institución Estado, algunas cuestiones económicas de particular relieve, el debate sobre la población, las consecuencias mayores de la

implantación de la propuesta correspondiente o las funciones que en relación con ella deben desempeñar los medios de comunicación e instancias afines. Aclararé que una cuestión vital como es la de las eventuales diferencias que el modelo que me ocupa exhibirá en unos u otros recintos geográficos no se aborda en este capítulo, aun cuando sea objeto de alguna consideración –sin duda menor de la deseable– en el siguiente.

Una nota sobre antecedentes y supuestos

Algunos –solo algunos– de los supuestos que permitieron el despliegue del nacionalsocialismo alemán, y que en un grado u otro se revelan también hoy, bien pueden ofrecer el escenario de manifestación de un proyecto ecofascista. Pienso, en particular, en una situación de crisis acompañada de carestía material y zozobra existencial, de la certeza de que no hay para todos, de la conveniencia de descartar las respuestas de carácter humanista, o del ascendiente de un grupo dominante que prescinde orgullosamente de consideraciones relativas a la dignidad humana³⁵. Más allá de lo anterior, y de nuevo tal y como sucedió en la Alemania hitleriana, hay motivos para concluir que en defensa de sus intereses las grandes empresas, o muchas de ellas, podrían

35 Amery, 2002: 157.

establecer una alianza con un poder político él mismo ecofascistizado.

Por detrás despunta una idea central: la de que la crisis ecológica ofrece una oportunidad de oro para un fascismo renovado que acaso prestaría una mayor atención, cierto es, al agotamiento de las materias primas energéticas que al cambio climático. Esa oportunidad remitiría a la conclusión de que la crisis en cuestión solo puede encararse en virtud de procedimientos autoritarios, de una ecodictadura (es el término del que se sirve Rudolf Bahro)³⁶ que exigiría, hacia dentro y hacia afuera, un fortalecimiento de las funciones represivas del Estado. En este orden de cosas bueno será que rescate dos opiniones que a mi entender dan en el clavo, en el buen entendido de que, a diferencia de lo que acabo de sugerir, se interesan más por la condición y los efectos del cambio climático. La primera es de Mark Alizart y subraya que el cambio mencionado no es solo una consecuencia del capitalismo: constituye, antes bien, el procedimiento que el capitalismo ha encontrado para autoperpetuarse³⁷. En un argumento de resabios benjaminianos, Alizart agrega que el capitalismo no puede ser derrocado si antes no hemos afrontado la crisis ecológica³⁸. La segunda corresponde a Mike Davis, quien en 2010 imaginó un escenario en virtud del cual las estrategias de mitigación de los problemas en

36 Biehl, 2011: 71.

37 Alizart, 2021: 31–32.

38 Alizart, 2021: 32.

relación con el cambio climático serían expresamente abandonadas en provecho de una inversión encaminada a asentar la posición de los pasajeros de primera clase³⁹. En la trastienda, y en fin, queda por dilucidar si el ecofascismo es un producto de la debilidad del capitalismo para encarar sus problemas o, por el contrario, indica una vitalidad notable del lado de aquel.

Tiene sentido, aun así, que, para completar el panorama, mencione el relieve de un puñado de factores adicionales. El primero es la certificación de que muchos de los desastres climáticos afectan a los ricos, circunstancia que en buena ley justificaría una reacción por parte de estos, cada vez más conscientes de problemas perentorios. Sobre su conducta a buen seguro que pesará el designio de evitar, o de mitigar, los costos derivados del cambio climático. Al respecto se habla de 551 billones de dólares, con una pérdida, en 2100 y si la temperatura sube 3,7 grados, del 23 por ciento del ingreso mundial potencial y con un impacto mucho mayor que el de la Gran Depresión⁴⁰. El segundo es el propósito de reducir los riesgos que afectan al mundo occidental y a su primacía planetaria, garantizando al efecto la preservación del nivel de vida de sus habitantes. El tercero, en fin, lo aportan dos herramientas decisivas: por un lado, un descarado empleo de lo público a través de su supeditación a la economía privada, de la mano, por ejemplo, de

39 Citado en Wainwright y Mann, 2020: 28.

40 Wallace–Wells, 2019: 166.

privatizaciones y de tratados internacionales que colocan por delante los intereses de las grandes empresas, y, por el otro, el despliegue de medidas que, de carácter teóricamente provisional y encaminadas a hacer frente a circunstancias inesperadas, parecen llamadas a asentarse de forma definitiva. En semejante marco el objetivo será parcialmente el que Hannah Arendt atribuyó en su momento a los nazis, esto es, fabricar “un tipo de especie humana que se parezca a otras especies animales, un tipo cuya única ‘libertad’ consistiría en ‘preservar la especie’”⁴¹. Y he puesto por delante un discreto parcialmente porque, por encima del propósito mencionado, con certeza se hallará otro: el de mejorar las cuentas de resultados de una minoría de la población planetaria.

¿Qué es el colapso?

Ya he señalado que en este texto no me explayo en consideraciones prolijas relativas al concepto de colapso y a su entorno. Comoquiera, sin embargo, que la cuestión del ecofascismo remite de forma directa al concepto en cuestión, y que sería poco afortunado que diese por descontado que quien se acerca a estas páginas dispone de un conocimiento firme al respecto, me ha parecido que

⁴¹ Arendt, 1982: 569.

tiene sentido incluir en este epígrafe tres rápidas observaciones que, a la postre, configuran un rapidísimo resumen de tesis que he defendido en libros como *Colapso. Capitalismo terminal, transición ecosocial, ecofascismo* (2016), *Ante el colapso. Por la autogestión y el apoyo mutuo* (2019) y *Decrecimiento. Una propuesta razonada* (2021).

En la primera de esas obras definí el colapso, y retomo ahora esa definición, como un proceso, o un momento, del que se derivan varias secuelas delicadas: cambios sustanciales, e irreversibles, en muchas relaciones, profundas alteraciones en lo que se refiere a la satisfacción de las necesidades básicas, reducciones significativas en el tamaño de la población humana, una general pérdida de complejidad en todos los ámbitos –acompañada de una creciente fragmentación y de un retroceso de los flujos centralizadores–, la desaparición de las instituciones previamente existentes y, en fin, la quiebra de las ideologías legitimadoras, y de muchos de los mecanismos de comunicación, del orden antecesor. Importa subrayar, de cualquier modo, que algunas de las consecuencias que parecen derivarse del colapso no tienen necesariamente una condición negativa. Tal es el caso de las que se refieren a la rerruralización, a las ganancias en materia de autonomía local o a un general retroceso de los flujos jerárquicos. Esto al margen, es razonable adelantar que el concepto de colapso tiene cierta dimensión etnocéntrica. Resulta muy difícil explicar qué es el colapso a una niña que, nacida en la

franja de Gaza, no disfruta de la posibilidad de comparar el escenario presente de su vida con el propio de un eventual hundimiento futuro: esa vida ha sido, desde el momento inicial, un genuino y prolongado colapso. En paralelo, lo suyo es recordar que, a los ojos de Déborah Danowski y Eduardo Viveiros de Castro, el final del mundo –el colapso– ya se hizo valer para muchas de las víctimas de la colonización occidental⁴², con un pistoletazo inicial en 1492 en lo que ahora llamamos América.

¿Cuáles son, en segundo lugar, las previsibles causas de un colapso general del sistema? Conforme a una visión muy extendida, habría que identificar dos causas principales, en el buen entendido de que en la trastienda operarían otras que llegado el caso podrían adquirir un papel prominente u oficiar como multiplicadores de tensión. Las dos causas mayores son el cambio climático y el agotamiento de las materias primas energéticas que empleamos. En lo que al cambio climático se refiere, parece inevitable que la temperatura media del planeta suba al menos dos grados con respecto a los niveles anteriores a la era industrial. Cuando se alcance ese momento nadie sabe lo que vendrá después, más allá de la certeza de que no será precisamente saludable. Conocidas son, por otra parte, las consecuencias esperables del cambio climático: además de un incremento general de las temperaturas se harán valer –se hacen valer ya– una subida del nivel del mar, un progresivo deshielo de

42 Danowski y Viveiros de Castro, 2021: 104.

los polos, la desaparición de muchas especies, la extensión de la desertización y de la deforestación, y, en fin, problemas crecientes en el despliegue de la agricultura y la ganadería. Por lo que respecta al agotamiento de las materias primas energéticas, lo primero que hay que subrayar es nuestra dramática dependencia en relación con los combustibles fósiles. Si renunciásemos al petróleo, al gas natural y al carbón, no quedaría nada de nuestra civilización termoindustrial. Según una estimación, sin esos combustibles un 67 por ciento de la población humana perecería⁴³. Antonio Turiel sostiene que el pico conjunto de las fuentes no renovables se produjo en 2018⁴⁴, de tal suerte que inequívocamente la producción de aquellas se reducirá y los precios se acrecentarán en un escenario en el que habrá que aportar cada vez más energía para obtener cada vez menos. Aunque se pueden imaginar cambios en la combinación de fuentes que hoy empleamos, con un mayor peso asignado, por ejemplo, a las renovables y al carbón, no hay sustitutos de corto y medio plazo para las hoy existentes. Cualquier cambio reclamará, inexorablemente, transformaciones onerosísimas.

Entre los elementos acompañantes del colapso que podrían adquirir un relieve notable no está de más que mencione los que siguen: la crisis demográfica, que golpea

43 Tainter y Patzek, 2012: 37.

44 Mesa redonda organizada por Attac Catalunya en Barcelona (2 de julio de 2016).

en singular a determinadas áreas del planeta; una delicadísima situación social, con más de tres mil millones de seres humanos condenados a malvivir con menos de dos dólares diarios; la esperable extensión del hambre, asociada, en muchos casos, con una escasez de agua; la expansión de las enfermedades, en la forma de epidemias y pandemias, de multiplicación de los cánceres y las enfermedades cardiovasculares, y de reaparición con fuerza de dolencias como la tuberculosis; un entorno invivible para las mujeres (son el 70 por ciento de los pobres y desarrollan el 67 por ciento del trabajo, para recibir solo un 10 por ciento de la renta)⁴⁵; el presumible efecto multiplicador de la crisis financiera, con sus secuelas en forma de caos, inestabilidad, pérdida de confianza e incertidumbre; la quiebra de muchos Estados, estrechamente vinculada con las guerras de rapiña asestadas por las potencias del Norte; las secuelas de la obscena subordinación de la tecnología a los intereses privados; una huella ecológica disparada y, en suma, una inquietante idolatría del crecimiento económico.

¿Cuáles son, en fin, y en tercer término, los rasgos previsibles del escenario posterior al colapso? El primero lo aportará una reducción significativa en el tamaño de la población humana, que se ajustará, bien es verdad, a patrones diferentes según unas u otras regiones geográficas. El segundo asumirá la forma de otra reducción, que en este caso afectará a la oferta de energía y dará al traste con la

45 Bruna Bianchi, en Bianchi et al., 2012: 10.

civilización del automóvil tal y como hoy la conocemos, y también, por cierto, con buena parte de las manifestaciones presentes del comercio internacional. En un tercer escalón, el golpe será muy fuerte para aquellas instancias que se caracterizan por la centralización y por el uso intenso de energía y de tecnología; en lenguaje más llano, Estados, fuerzas armadas y grandes empresas padecerán en su funcionamiento cotidiano muchas de las secuelas negativas del colapso. En cuarto lugar, en el terreno económico se revelará una vorágine marcada por la reducción del crecimiento, el cierre masivo de empresas, la extensión del desempleo, la desintegración de los llamados Estados del bienestar, la subida de los precios de los productos básicos, la quiebra del sistema financiero, el hundimiento de las pensiones y retrocesos visibles en sanidad y educación. Los efectos serán, en fin, más onerosos en las ciudades que en el campo, en el buen entendido de que acabaremos por pagar los platos rotos derivados de la mala gestión de los suelos, del monocultivo, de la mecanización y, en general, de la mercantilización de todas las relaciones.

Los entresijos de la democracia liberal

La relación del ecofascismo con la democracia liberal bien puede ajustarse a dos modelos distintos. Mientras, en virtud del primero, la propuesta ecofascista se serviría interesadamente, y acaso durante un tiempo, de determinados resortes aportados por esa forma de democracia, conforme al segundo se entregaría a la tarea de dinamitar esta última. Ciertamente es, claro, que en determinados lugares el ecofascismo no verá la luz en escenarios marcados por la democracia liberal: lo hará en otros definidos por fórmulas autoritarias del más diverso cariz.

Sabido es que Hitler aprovechó los resortes que proporcionaba la democracia liberal para acceder al poder. No hay ningún motivo mayor para concluir que algo similar no está llamado a cobrar cuerpo con el ecofascismo. Y los hay, y muchos, para recordar que, de la mano de una perversa combinación de horizontes, las reglas del juego de la democracia liberal se han preservado en un escenario, el israelí de las últimas décadas, capaz de promover aquella hacia dentro y de aplicar un terror genocida hacia afuera. En el caso del ecofascismo tal vez se haga valer una combinación de tres factores. El primero lo aportará el poder de las grandes corporaciones, que se expresa ya, y de forma rotunda, al margen del juego democrático. El segundo asumirá la forma de un empleo interesado de la democracia liberal para, a través de la manipulación, la propaganda y la

censura, apuntalar la exigencia de disciplina y de fortaleza⁴⁶, sin que al amparo de un proyecto ecofascista quepa descartar los golpes de Estado al servicio, naturalmente, de la causa de la propia democracia... El tercero y último, en fin, una señal de los tiempos, recuerda que quienes de siempre han rechazado la democracia, o la libertad, en todas sus concreciones se presentan hoy como adalides de la una y de la otra; saben que no necesitan acabar de forma manifiesta y rápida con el derecho de voto o, lo que es lo mismo, que resulta mucho más inteligente modelar las cabezas. De por medio tanto podrán hacerse valer, en suma, líderes carismáticos, probablemente caprichosos, impregnados de conductas irracionales y hábiles a la hora de invocar emociones, a lo Trump, como dirigentes anodinos privados de todo carisma.

Conviene subrayar, sin embargo, que aunque no cabe descartar una preservación, claro que relativa, de algunos de los rasgos de la democracia liberal, lo más probable es que la mayoría de las reglas de esta queden arrinconadas. Por detrás del ecofascismo está, al fin y al cabo, el riesgo, que acosa a las clases dominantes, de perder el consenso que mal que bien habían ido perfilando. Para hacer frente a ese riesgo pueden aprovecharse los activos que ofrecen herramientas como el bioterrorismo pandémico, el Estado de emergencia sanitaria y el miedo generalizado, con el designio de neutralizar las posibles disensiones –así, las que

46 Cooper, 2021: 26.

ofrecen sindicatos o movimientos sociales varios–, incluidas las de los sectores del capital –el pequeño comercio, por ejemplo– manifiestamente perjudicados por proyectos que entronizan a los colosos del comercio digital, a las grandes farmacéuticas y a las corporaciones financieras⁴⁷. En el meollo de ese proceso se revelarán un fortalecimiento de realidades anteriores –y entre ellas las vinculadas con la división entre clases y con la desintegración que afecta a las clases medias y trabajadoras– y una aceleración de flujos en curso como la transición hacia la sociedad digitalizada, la marginación de los parlamentos, la entronización de un individualismo extremo y la cancelación de los restos de la soberanía popular⁴⁸. En el ámbito político, y de resultados, tal y como ha ocurrido al amparo del COVID-19, los parlamentos perderán peso, se impondrán ejecutivos fuertes, ganarán terreno formas de lo que se antoja un Estado de excepción permanente, se suspenderán derechos y libertades, el principio de división de poderes será objeto de ataques aún más fuertes que los que recibe hoy, la vida pública experimentará una rotunda militarización y las formas autoritarias ganarán peso por doquier⁴⁹. Despuntará también, con toda probabilidad, un renacimiento de prácticas feudales de la mano de la fragmentación del orden

47 Fusaro, 2021: 73.

48 Fusaro, 2021: 10.

49 Fusaro, 2021: 13–14.

jurídico y de estrategias de apropiación empresarial⁵⁰. El escenario lo será de inseguridad generalizada, de tal forma que agentes dotados de capacidad militar se enfrentarán a otros que carecen de ella, y que a menudo demandarán la generosa protección dispensada por los poderosos⁵¹.

Junto a una eventual primacía de la depredación sobre la producción⁵², cabe suponer que a la postre se impondrá un proyecto jerárquico que dejará de coquetear con la causa de la democracia. Al fin y al cabo, lo que está en juego es la supervivencia de la especie... El horizonte estará muy lejos, en otras palabras, del que acarician quienes, hoy, sostienen que el sistema político, en un escenario difícil, se apresta a someter a cortapisas serias al business as usual.

La supremacía de los sistemas autoritarios

Por detrás de la discusión anterior, y de las opciones dispares que invoca, sobrevuela la intuición, por no decir la certeza, de que los regímenes autoritarios, con sus aditamentos de disciplina y represión, estarían mejor

50 Durand, 2020: 180.

51 Durand, 2020: 186–187.

52 Durand, 2020: 226.

preparados para hacer frente, en la línea del ecofascismo, a pandemias y colapsos. Al respecto se suele invocar el nombre de China, un país en el que un puñado de reglas estrictas, y de procedimientos de control, que permiten valorar si los ciudadanos hacen lo que deben se ha acompañado con una activa militarización y con la represión al servicio de un modelo de capitalismo autoritario y desarrollista⁵³. Ciertamente es que en el modelo chino se combinan valores preestablecidos, e indiscutidos, que castigan la diferencia y la disensión al tiempo que premian en paralelo la sumisión meritocrática⁵⁴, por un lado, y, por el otro, un mayor control sobre las corporaciones empresariales, a diferencia de lo que ocurre en las democracias liberales occidentales.

Pero el modelo chino, que se hace acompañar de políticas visiblemente centralizadoras y de una extensión formidable de la tecnovigilancia, no es el único que merece atención. Ahí están, para testimoniarlo, la India de Narendra Modi (al calor de un nacionalismo étnico que reprime a las minorías), el Brasil de Jair Bolsonaro (merced a una progresiva inmersión en el poder político de los colegas militares del presidente) o la Rusia de Vladímir Putin (en cabeza de un sistema cada vez más represivo y agresivo)⁵⁵. No faltan en la lista, sin embargo, y esto importa subrayarlo, democracias

⁵³ Amorós, 2020: 30.

⁵⁴ Cooper, 2021: 112.

⁵⁵ Cooper, 2021: 11.

liberales aparentemente asentadas como la que ha liderado durante cuatro años Donald Trump en Estados Unidos o la que encabeza todavía Boris Johnson en el Reino Unido, o menos consolidadas, como las que se revelan al amparo de los Gobiernos de ultraderecha de Polonia y Hungría. Y es que en todas partes despuntan flujos autoritarios que en ocasiones alcanzan a la propia socialdemocracia, firmemente decidida a emular en tantos lugares las políticas neoliberales y a no desdeñar sus secuelas. Si en 2018 Freedom House concluyó que en los trece años anteriores las democracias liberales habían experimentado un franco retroceso⁵⁶, no hay ningún motivo para concluir que la tendencia se ha invertido con posterioridad. No se olvide al respecto que en el mundo occidental la digestión de la pandemia ha permitido arrinconar derechos y garantías, al tiempo que ha puesto en jaque a muchas de las instituciones, con medidas represivas decretadas unilateralmente por el poder ejecutivo en franco desprecio de los controles parlamentarios y judiciales. Lo que al cabo se nos dice desde la atalaya ecofascista es que para salir bien parados del escenario del colapso no queda otra posibilidad que la que exige reproducir la miseria autoritaria del mundo en el que nos adentramos.

Rudolf Bahro, reconvertido en sustentador principal de una suerte de ecofascismo suave –permítaseme el oxímoron– en la Alemania reciente, ha defendido la tesis de

⁵⁶ Cooper, 2021: 12.

que la crisis ecológica debe ser resuelta en virtud de mecanismos autoritarios desplegados por un Gobierno de salvación o por un “Estado-dios”⁵⁷. Murray Bookchin, quien debatió en su momento con Bahro, señaló al respecto que una dictadura ecológica sería cualquier cosa menos eso, ecológica, y acabaría, antes bien, con el planeta, además de operar en provecho de unos pocos. Acarrearía la glorificación del control social, de la manipulación, de la cosificación de los seres humanos y de la negación de la libertad, todo ello en nombre de la presunta resolución de los problemas medioambientales⁵⁸. Ante la réplica de Bahro en el sentido de que semejante aserción no parecía prestar atención al lado negativo, el del egoísmo y la competición, de la naturaleza humana, Bookchin se preguntó por qué habría que canalizar ese lado negativo a través de su institucionalización por la vía de la fuerza, la superstición, el miedo y la amenaza, y por la vía, en paralelo, de ideologías bárbaras⁵⁹. Las instituciones resultantes –agrego yo–, ¿no es razonable concluir que lo que harían, lejos de abrazar cualquier procedimiento encaminado a afrontar la crisis ecológica, sería dar rienda suelta al lado negativo de esa naturaleza humana? ¿No se convierte la fórmula de Bahro en una soterrada justificación de la dominación, de la

57 Biehl, 2011: 71.

58 Biehl, 2011: 77.

59 Biehl, 2011: 78.

explotación y de la jerarquía que están, paradójicamente, en el origen de la crisis ecológica?

Mi franco rechazo de las vías jerárquicas y autoritarias se revela en todos los ámbitos imaginables. No puede parecerme sino una superstición, por ejemplo, la sugerencia de que los militares, por organización y por disciplina, serán un instrumento vital para hacer frente al colapso. Más fácil resulta imaginar que se vuelquen al servicio de los proyectos ideados por las clases dirigentes tradicionales. Tampoco aprecio que se resuelva ningún problema relevante de la mano de la defensa de la necesidad de abandonar una economía de mercado en provecho de otra dirigida⁶⁰ –habría que ponerse de acuerdo, claro, sobre lo que este adjetivo significa–, toda vez que las economías dirigidas bien pueden estar al servicio, también, de un proyecto ecofascista. En un camino diferente, ¿tiene algún sentido imaginar que la democracia liberal, claramente supeditada a los intereses de las grandes corporaciones, se convierte en un mecanismo de salvación, in extremis, y por la vía de urgencias insoslayables, de la humanidad?

⁶⁰ Holmgren, 2014: 10.

La represión

Ya me he referido a la idea de que el ecofascismo demanda una suerte de Estado de emergencia permanente, de tal forma que se hace muy cuesta arriba imaginar un ecofascismo blando. Lo suyo es recordar que en el pasado los estados de emergencia se emplearon a menudo para negar la condición de guerra a la confrontación que se desarrollaba con muchos movimientos de liberación y esquivar así la aplicación de normas legales internacionales como las vinculadas con el derecho humanitario⁶¹. Parece que nos enfrentaremos, en otras palabras, a un episodio más de fortalecimiento de la dimensión represiva de los Estados. Ciertamente es que por detrás del concepto de soberanía pueden hallarse formas de violencia política vinculadas con fenómenos distintos como es el caso de las creencias religiosas o de los intereses del capital⁶². Brown ha subrayado que este último, todopoderoso, ilimitado e incontrolable, parece haberse convertido en una especie de Dios⁶³. Y opera con frecuencia también la idea de que “debemos ser inhumanos para seguir siendo humanos”, con el consiguiente rechazo de todo lo que huela a disposición pacífica, conservación de la vida frágil y enferma, y conveniencia de debatir y alcanzar acuerdos⁶⁴. No sin

61 Tamara San Miguel y Eduardo J. Almeida, en Zibechi et al., 2021: 59.

62 Brown, 2010: 35.

63 Brown, 2010: 78.

64 Brown, 2010: 122.

paradoja, y al menos en una percepción de los hechos, al cabo importa poco, en ocasiones, la eficacia de la represión que me ocupa. Las más de las veces –baste con recordar las desventuras del muro israelí– esa represión no ha reducido la violencia del enemigo, no ha permitido que reculasen el odio y la hostilidad, no ha mejorado el entorno político y no ha generado simpatía en provecho de quienes la ejercen⁶⁵.

Varios son los objetivos, o los cometidos, de las formas de represión que parece llevar consigo el proyecto ecofascista. El primero es el despliegue de procedimientos de selección de quiénes deben salvarse, una tarea central en el marco de ese proyecto. El segundo, obvio, es el acallamiento de las disidencias que puedan presentarse y de las formas de solidaridad que en su caso susciten. El tercero es el aprovechamiento de las posibilidades que se abren al calor de unos u otros conflictos. Recuérdense al respecto que la guerra contra las drogas en México ha respondido, en la trastienda, a tres grandes objetivos: ocultar la violencia del Estado, facilitar el desplazamiento de comunidades en provecho de proyectos extractivistas y alentar, en suma, la militarización del país⁶⁶. El cuarto reclama fortalecer las prestaciones del sistema carcelario, en el buen entendido de que entre ellas no se cuenta la reinserción y sí se halla, en cambio, la ratificación de los desafueros que padecen las

⁶⁵ Manrique, 2019: 63.

⁶⁶ Manrique, 2019: 63.

capas más pobres de la población⁶⁷. El quinto, en fin, estriba en facilitar la militarización de escuelas y medios de comunicación.

Al listado anterior es menester añadir esas medidas de control exhaustivo de la población que ya he mencionado⁶⁸, desplegadas con singular celo en países como China, Corea del Sur, Japón o Taiwán. Asumen formas diversas entre las que se cuentan una vigilancia digital permanente, la colocación de cámaras de seguridad en todos los espacios, tanto públicos como privados, o el reconocimiento facial, al amparo de lo que quiere ser un control poblacional absoluto y una plena sumisión al Estado⁶⁹. Merced al empleo de las tecnologías correspondientes, que acarrearán, claro, seguimientos individualizados como los que afectan a antecedentes penales o a infracciones de tráfico, y que se traducen a menudo en sanciones que reducen la movilidad, dificultan las relaciones sociales y dañan la imagen personal, parece registrarse una astuta combinación de políticas duras y tecnologías seductoras. Sin que todo ello suscite, por

67 Las cárceles, por lo demás, y por lo general, multiplican las enfermedades, tanto las físicas como las psíquicas, castigan a los familiares, ningún efecto tienen de reparación con respecto a las víctimas de los delitos y se asientan, en fin, en la violencia que dicen querer erradicar; véase Alicia Alonso en Ferrari y Mosconi, 2021: 7–8. Lo anterior aparte, están llenas de gentes que, desde escenarios sociales muy duros, han cometido por lo común pequeños delitos; véase Ferrari y Mosconi, 2021: 43.

68 Zuboff, 2019; Campillo Vélez, 2021.

69 Tamara San Miguel y Eduardo J. Almeida, en Zibechi et al., 2021: 53.

añadidura, críticas mayores en la población. Harari pronostica que, merced a esas medidas, los Gobiernos y las empresas podrán acceder a lo que llama “sistema operativo humano”, de tal forma que las estrategias de manipulación, publicidad y propaganda se dirigirán con precisión⁷⁰. Y ello por mucho que sea cierto –agrego yo– que el colapso puede reducir las capacidades de control e intervención al servicio de las instancias mencionadas. Señala Harari, por otra parte, que, en paralelo, el uso intenso que solemos hacer de Google reduce nuestra capacidad autónoma para buscar información: la verdad la definen en los hechos los primeros resultados que Google nos ofrece⁷¹. El propio Harari concluye que aunque los palestinos pueden administrar ciudades y pueblos en Cisjordania, Israel controla el cielo, las ondas de radio y el ciberespacio, de tal suerte que bastan unos pocos soldados israelíes para mantener a raya a dos millones y medio de palestinos⁷². Y agrega que lo que hoy padecen estos últimos bien puede ser un anticipo de algo que acabará por desplegarse en el conjunto del planeta⁷³.

En la materialización de todas estas estrategias de represión y de control participan, o están llamadas a hacerlo, instancias varias como las fuerzas armadas, la policía y las milicias privadas. La segunda de esas instancias, la policía,

⁷⁰ Harari, 2022: 75.

⁷¹ Harari, 2022: 75.

⁷² Harari, 2022: 87.

⁷³ Harari, 2022: 88.

disfruta al respecto de una experiencia previa muy granada en materia de amenazas, de ataques físicos contra los miembros de los grupos demonizados (la población negra en Estados Unidos, por ejemplo), de empleo de armas cada vez más agresivas, de criminalización de los sin hogar (en particular los varones y quienes padecen enfermedades mentales)⁷⁴ y de vigilancia de fronteras⁷⁵. Todo ello no opera en menoscabo del relieve, creciente, de la tercera de esas instancias, que asume a menudo el perfil de genuinos ejércitos privados –ahí están los vinculados con las compañías petroleras, con el narcotráfico, con el comercio de armas o con la prostitución– encargados de militarizar la vida cotidiana y de acompañar a las intervenciones armadas⁷⁶. Acaso el fenómeno de las prisiones privadas⁷⁷, también en ascenso, es la ilustración más cabal de la importancia de ese tipo de organizaciones.

El incremento sustancial que cabe aguardar que se produzca en materia de represión y control debe traducirse, en paralelo, en una expansión de la institución Estado, o al menos de las funciones correspondientes dentro de esa institución, tal y como ocurrió –es sabido– en los fascismos de antaño. Pudiera parecer, sin embargo, que el escenario

74 Vitale, 2018: 90.

75 Vitale, 2018: 178.

76 Silvia Federici, en referencia a un argumento de Rita Segato, en Martínez Andrade, 2019: 132.

77 Vitale, 2018: 182.

ecofascista casa mal con una figura como la del expresidente norteamericano Donald Trump⁷⁸, un neoliberal que en muchos terrenos deseaba arrinconar la institución Estado y que sobre el papel puso freno a las intervenciones estadounidenses en el exterior. Más allá de que las circunstancias podrían cambiar si se hiciesen valer fenómenos extremos como los vinculados con un colapso general, malo sería olvidar que hay elementos poderosos que acercaban a Trump y a los fascismos de antaño. Uno de ellos lo ha sido el declarado y retórico designio de defender a las clases populares castigadas por crisis y desindustrializaciones, nunca acompañado, eso sí, del propósito de actuar contra el causante mayor de los desastres correspondientes, que no es otro que el capital, y en singular el capital financiero. Al igual que los fascismos de otrora, Trump se inclinó por buscar chivos expiatorios como los que encontró en la figura de los latinos, los musulmanes y, en general, los inmigrantes no blancos⁷⁹. Traverso señala con buen criterio, en cualquier caso, que Trump era “una mina flotante, imprevisible e incontrolable”⁸⁰, no sin agregar que, a diferencia de los fascismos tradicionales, carecía de un programa, toda vez que su objetivo mayor quedaba reducido a un lema etéreo, el que reclamaba recuperar la grandeza de su país, sin modificar al tiempo, por el contrario,

78 Traverso, 2018: 33.

79 Traverso, 2018: 34.

80 Traverso, 2018: 33.

el sistema económico y social norteamericano⁸¹. Acaso conviene repetir que el proyecto neoliberal, supuestamente desregulador y antiproteccionista, las más de las veces no ha hecho ascos al fortalecimiento de las funciones represivas del Estado, de la misma suerte que, mientras reivindica el libre movimiento de los capitales, no defiende el mismo postulado en lo que hace al de las personas⁸².

A vueltas con la economía

A efectos de ilustrar el contenido de la propuesta ecofascista creo que tiene sentido que asuma una reflexión sobre algunas de las tesituras que, en el terreno económico, habrá de afrontar. En la certeza de que en modo alguno deseo agotar una materia extremadamente compleja y espinosa.

Una de esas tesituras la aporta a buen seguro la expulsión del mercado de trabajo de buena parte de la población del planeta, en buena medida ya una realidad. Harari la vincula con una fusión de la infotecnología y de la biotecnología. “Los algoritmos de macrodatos pueden crear dictaduras

81 Traverso, 2018: 36.

82 Brown, 2010: 110.

digitales en las que todo el poder esté concentrado en las manos de una elite minúscula al tiempo que la mayor parte de la gente padezca, no ya explotación, sino algo muchísimo peor: irrelevancia”⁸³. En la percepción del propio Harari se forjará una engrosada e inútil clase que protagonizará “revueltas sociales y políticas que ninguna ideología existente sabrá cómo manejar”⁸⁴. En la trastienda operan muchos de los fenómenos que hoy en día marcan poderosamente la deriva del trabajo. Al respecto se dan cita palabras como precariedad, temporalidad, subempleo, infoproletariado, cibertariado y esclavitud digital⁸⁵. Y des- punta también el fenómeno, del teletrabajo. De manera general lo que se ha abierto camino en las últimas décadas es un retroceso en materia de derechos laborales, acompañado de la ratificación de un sinfín de desigualdades sociosexuales y étnico-raciales⁸⁶. En semejante escenario la tecnología, lejos de liberarnos, parece llamada a acrecentar la explotación y la marginación, en el buen entendido de que en muchos lugares en los países del Sur perviven formas más tradicionales y materiales, menos digitales, de la primera, de la explotación. En el Norte, entre tanto, un fenómeno en ascenso es el de segmentos enteros de lo que antes era la izquierda obrera hechizados por la propuesta que llega de

83 Harari, 2022: 14.

84 Harari, 2022: 37.

85 Antunes, 2021: 12.

86 Antunes, 2021: 13.

fuerzas como el Frente Nacional francés. En esta conversión ha sido vital la descomposición de la clase obrera, la pérdida de peso de sus organizaciones y la fragmentación que se ha abierto camino en los centros de trabajo. Para completar el panorama, organizaciones como el Fondo Monetario Internacional empiezan a coquetear con fórmulas de renta básica que obedecen sin duda al designio de hacer frente a un problema central del capitalismo contemporáneo: en un planeta en el que el número de empleos se reduce y en el que los salarios lo hacen también, ¿quién va a adquirir los bienes y los servicios que el sistema produce o genera? Claro es que esas fórmulas solo parecen llamadas a desplegarse en los países del Norte, y que lo más sencillo es que su despliegue se vea modulado con nuevos recortes en lo que hace a sanidad, educación y pensiones. Hay un único terreno, en fin, en el que el mundo occidental puede competir con los salarios que se pagan en los países pobres: el del trabajo esclavo que se hace valer en las cárceles del propio mundo occidental⁸⁷.

Hay que prestar atención singularizada, por otra parte, al relieve de una malla logística, la de estas horas, que tendrá problemas para mantenerse. De ella participan empresas dedicadas al alojamiento (Airbnb), a la orientación (Googlemaps), a los desplazamientos (Uber), al ocio (Tripadvisor) o a las relaciones humanas (Tinder)⁸⁸. Pero en

⁸⁷ Andrews, 2021: 141.

⁸⁸ Pavoni y Tomassoni, 2022: 24.

ella están presentes también oleoductos y gasoductos, puertos, zonas especiales, satélites y regímenes singulares que configuran un campo de batalla lleno de fracturas, tensiones y fricciones, al amparo de un singularísimo capitalismo⁸⁹. En ese campo de batalla se ha intentado, con éxito razonable, desplegar fórmulas represivas, impedir la gestación de sindicatos y apostar por la despolitización, la precarización y la flexibilización⁹⁰. Pareciera como si la logística disfrutase de una capacidad soberana a la hora de hacer frente a interrupciones, bloqueos o trabas⁹¹, beneficiada a menudo por legislaciones locales que colocan sus intereses por encima de cualesquiera otros. En esa estela ha emergido una forma de poder que, aparentemente despolitizado, y no ligado a un espacio determinado, prospera en virtud del hecho de que circula a través de una totalidad que, interligada, carece sin embargo de forma⁹². Esto se concreta ante todo en las zonas especiales ya mencionadas, en constante expansión. En 2006 se contabilizaban 3.500 en el conjunto del planeta, con 66 millones de trabajadores⁹³. La logística que acompaña a todo lo anterior tiene un origen militar que remite a las reformas de los ejércitos de finales del XVIII y a la necesidad

89 Pavoni y Tomassoni, 2022: 24–25.

90 Pavoni y Tomassoni, 2022: 38.

91 Pavoni y Tomassoni, 2022: 98.

92 Pavoni y Tomassoni, 2022: 43.

93 Pavoni y Tomassoni, 2022: 154.

de satisfacer las exigencias reproductivas de las tropas, de la mano de procedimientos más adelante trasladados a la esfera comercial⁹⁴.

Permítaseme que agregue una apreciación más sobre una cuestión a la que me he referido brevemente en este epígrafe: la de la tecnología. De nuevo estoy obligado a subrayar que la dimensión presuntamente liberadora de esta última reculará en provecho de otra volcada al servicio del ecofascismo. Así, y sin ir más lejos, muchas de las tecnologías –no todas, ciertamente– que debían contribuir a frenar el cambio climático han quedado entrampadas en modelos que, aberrantemente vinculados con la lógica del crecimiento, se han traducido en incrementos sustanciales en las emisiones contaminantes. Según una estimación, en el momento presente quemamos un 80 por ciento más de carbón que el que quemábamos en 2000⁹⁵. Harari sostiene que, al igual que ocurrió al amparo de las dos guerras mundiales de la primera mitad del siglo XX, el cambio climático podría provocar una aceleración en el desarrollo tecnológico que aboque en jugadas desesperadas⁹⁶ y delicadas. En el buen entendido, eso sí, de que habrá que calibrar, una vez más, en qué medida el colapso afectará a su desarrollo.

94 Pavoni y Tomassoni, 2022: 88.

95 Wallace–Wells, 2019: 178.

96 Harari, 2022: 145.

La disputa sobre la población

En el meollo de la propuesta ecofascista hay, de manera visible, una discusión demográfica. Por decirlo de forma rápida, y por recuperar un argumento anterior, está la idea de que en el planeta sobra gente, de tal forma que se trataría de marginar a quienes sobran –esta es la versión más suave del ecofascismo y poco tiene de novedosa– y, llegado el caso, de exterminarlos –esta es la versión, claro, más dura–. No está de más recordar que también los nazis apostaron por una política de despoblación en la Europa central y oriental, de tal suerte que en buena medida renunciaron a explotar en su provecho –inmediatamente procuraré recuperar esta discusión– la mano de obra local⁹⁷.

Una manera rápida de retratar una cuestión vital en lo que hace al perfil del ecofascismo es subrayar que, tal y como lo señala Alizart, “desde una perspectiva capitalista, la crisis ecológica solo demuestra que el capitalismo no funciona con seis mil millones de seres humanos”⁹⁸. Y, sin embargo, si el colapso no se cuela de por medio, en 2050 habrá, según

⁹⁷ Arendt, 1982: 544.

⁹⁸ Alizart, 2021: 7.

Naciones Unidas, 9.800 millones de seres humanos y en 2100 la cifra se elevará a 11.200 millones. En este último año, más de la mitad de ese crecimiento se concentrará en nueve países: Estados Unidos, la República Democrática del Congo, Etiopía, la India, Indonesia, Nigeria, Uganda, Pakistán y Tanzania⁹⁹. Como puede apreciarse, en todos los casos, con excepción de Estados Unidos, se trata de países del Sur. Según otra estimación, en 2050 Europa aportará un escueto 7 por ciento de la población mundial, frente al 25 por ciento de África y el 54 por ciento de Asia¹⁰⁰. Wallace–Wells ha tenido a bien recordar que Naciones Unidas augura doscientos millones de refugiados climáticos en el último año mencionado, y mil millones, o más, de personas pobres vulnerables, en el buen entendido de que este autor interpreta que esas cifras son un tanto exageradas¹⁰¹. En paralelo, y desde tiempo atrás, asistimos a un crecimiento constante de la población urbana que, tras multiplicarse por 5,5 entre 1950 y 2018, ha pasado de 751 millones de personas a 4.200 millones, esto es, un 55 por ciento del total mundial. Los pronósticos sugieren que de aquí a 2050 la población urbana podría crecer en 2.500–3.000 millones de personas¹⁰². El 80 por ciento del consumo energético, y también el de las emisiones de efecto invernadero,

99 Gemenne y Rankovic, 2019: 108.

100 Magny, 2021: 43–44.

101 Wallace–Wells, 2019: 7–8.

102 Gemenne y Rankovic, 2019: 118.

corresponde a las ciudades, cuya construcción se lleva, por añadidura, un 8 por ciento de las emisiones planetarias de CO₂¹⁰³. Las ciudades son, por lo demás, el escenario principal de un consumo desaforado.

Al hablar de las políticas abrazadas por los nazis alemanes me he referido, de forma sucinta, a una discusión por aquellas planteada: la que sugiere que en el marco de un proyecto ecofascista la cuestión demográfica puede encararse desde la perspectiva de la explotación de población esclava o desde la del exterminio. Aunque los nazis en términos generales se inclinaron por prescindir de muchos judíos –por aniquilarlos– que eran trabajadores cualificados, y lo hicieron precisamente en el momento en el que las señales de la derrota en la guerra mundial eran evidentes¹⁰⁴, los hechos podrían discurrir en el futuro por un camino distinto. Al fin y al cabo, el sistema precisa mantener determinados niveles de producción y de consumo, toda vez que todavía no se ha ideado un capitalismo sin trabajadores y que el colapso por lógica obligará a regresar a realidades que parecían definitivamente proscritas. Así las cosas, el proyecto maestro no atendería tanto al designio de reducir la población como al de propiciar una nueva esclavitud que permita sustituir una tecnología en crisis por mano de obra esclava al amparo de fórmulas que remiten al colonialismo más trivial. Aun así no cabe descartar el despliegue de

103 Gemenne y Rankovic, 2019: 118.

104 Amery, 2002: 115.

políticas radicales y autoritarias de control de la natalidad, como no cabe rechazar la posibilidad de que se emplee de forma consistente la fuerza física en forma de operaciones de exterminio, de guerras o de desplazamiento de poblaciones. En escenarios como estos a buen seguro que volveremos a escuchar cómo se pronuncia repetidas veces una palabra, triaje, que reclama que el sistema ordene y jerarquice quiénes se deben salvar y quiénes, por el contrario, deben morir, tal y como ha sucedido en situaciones delicadas con las camas de los hospitales y con la atención médica en escenarios en los que, además –y vuelvo a la carga con el argumento–, se han reducido las inversiones y se ha procedido a privatizar muchos servicios. El fenómeno guarda algún parecido, también, por cierto, con la determinación de cuáles son las actividades económicas “esenciales” y cuáles no¹⁰⁵.

A tono con algunas de las ideas que acabo de manejar, bueno será que mencione el sentido de propuestas como la orientada a reducir la población del planeta a seiscientos millones de personas –un guarismo que sería compatible con la supervivencia de la biosfera–, presuntamente realizada por el llamado club Bilderberg¹⁰⁶ en la estela de muchas de las iniciativas que retrata con ironía Susan George en *El informe Lugano*¹⁰⁷. George sugiere que, ante

105 Zibechi et al., 2021: 46–47.

106 Latouche, 2006: 56.

107 George, 2001.

una crisis general, las más altas instancias habrían llegado a la conclusión de que la única forma de salvar el sistema es una “estrategia de reducción de la población”¹⁰⁸. De manera sobre el papel más benigna, Gobiernos como el norteamericano han postulado desde mucho tiempo atrás –ya me he acercado a este fenómeno– fórmulas de reducción de la población ajena. En 1974 Henry Kissinger escribió: “Para perpetuar la hegemonía estadounidense y asegurar a los norteamericanos un libre acceso a los minerales estratégicos del conjunto del planeta, es necesario contener, esto es, reducir, la población de los trece países del tercer mundo (la India, Bangladesh, Nigeria...) cuyo peso demográfico por sí solo los condena, por así decirlo, a desempeñar un papel de primer plano en la política internacional”¹⁰⁹. Apréciase que en muchos casos estas propuestas parecen acarrear una curiosa combinación de principios a primera vista contradictorios: los mismos conservadores hostiles al aborto podrían defender políticas radicales de control de la natalidad. De cobrar cuerpo estas políticas, es más fácil que el impulso principal lo proporcione antes el egoísmo económico que el rigorismo religioso.

Nos encontraríamos, de cualquier modo, ante una suerte de respuesta biológica del gran capital. Disfrutaría de un refrendo adicional rescatado por Amery, para quien “se está partiendo del presupuesto de que la producción deseada de

108 Ariès, 2002: 13.

109 Citado en Latouche, 2007: 46.

la economía mundial puede satisfacerla, gracias a las últimas innovaciones científico-técnicas, un veinte por ciento de la población planetaria”¹¹⁰, con las consecuencias esperables. Si en el pasado la eutanasia de los pobres se justificaba sobre la base de las necesidades del capital, ahora se empieza a aducir, para cimentarla, un supuesto compromiso con el planeta y su preservación¹¹¹. Ciertamente es que los criterios de selección de quienes deben salvarse no siempre son claros, por mucho que sean, eso sí, intuibles. Aunque lo esperable es que el grueso de la población de determinados espacios geográficos se salve, no cabe descartar, incluso en estos recintos, el despliegue de medidas de prohibición de la inmigración, de estricto control de nacimientos, de extensión del aborto y el infanticidio en el caso de malformaciones, de cierre de horizontes vitales para los ancianos y de eutanasia voluntaria¹¹². En términos generales no interesarán, elites aparte, quienes ni siquiera sirven como fuerza de trabajo o, lo que es casi lo mismo, quienes ni trabajan ni consumen.

Lo suyo es subrayar, aun así, que la causa del tétrico escenario que tenemos entre manos no es, pese a algunas apariencias, el problema demográfico, innegable, que nos acosa, sino la naturaleza del capitalismo que padecemos¹¹³.

110 Amery, 2002: 172.

111 Ariès, 2002: 38.

112 Heinberg, 2010: 118.

113 Ariès, 2002: 22.

Al parecer, “si más de mil millones de personas se acuestan cada noche con hambre, la culpa no es del capitalismo, sino de la existencia de un número excesivo de seres humanos”¹¹⁴. Bueno es que rescate al respecto la autorizada opinión de Albert Jacquard, quien, en relación con estas cuestiones, escribió en 1987 lo que sigue:

La respuesta a la pregunta “¿cuántos seres humanos puede soportar la Tierra?” depende del tipo de seres humanos de que se trate. Si son campesinos de Mali o de Bangladesh, quince, veinte o treinta mil millones podrían subsistir sin demasiadas dificultades. Si son parisinos medios que todos los días emplean el coche y pasan sus vacaciones en un club en las Seychelles, los cinco mil millones de hoy son ya insostenibles: agotarían los recursos del planeta, o lo contaminarían, y lo harían definitivamente nada hospitalario para cualquier forma de vida evolucionada. La capacidad de carga de la Tierra no es un dato que ofrezca la naturaleza: depende de nuestro comportamiento. Por ello, el mañana depende de nosotros. No basta con gestionar nuestro efectivo: hay que tomar en serio la palabra igualdad¹¹⁵.

La conclusión está servida: se trata, por decirlo de otra manera, de salvarnos todos –sin desdeñar, claro, políticas de control– y de hacerlo conciliando el respeto por el planeta y

114 Ariès, 2002: 33.

115 Citado en Ariès, 2002: 136–137.

sus especies, por un lado, y el respeto por las generaciones venideras, por el otro.

Los efectos mayores

Si hasta el momento he prestado atención a los fundamentos, a las herramientas y a los objetivos de un imaginable proyecto ecofascista, tiene sentido que ahora me detenga para examinar algunas de sus consecuencias. Al respecto lo primero que deseo subrayar es que ese proyecto atenderá a la ratificación de la desigualdad en todos los órdenes.

Harari sugiere que las mejoras en biotecnología pueden traducirse en el hecho de que la desigualdad económica aboque en una desigualdad biológica, al amparo del establecimiento de castas privilegiadas que se beneficiarán de tratamientos que permitirán alargar la vida y mejorar las condiciones físicas. Por efecto de ese proceso podrían cobrar cuerpo una pequeña clase de superhumanos y una nutrida clase de humanos inútiles, en un escenario en el que, por añadidura, las instituciones perderían estímulos para invertir en salud o educación¹¹⁶. Así las cosas, y siempre

116 Harari, 2022: 98.

según Harari, la globalización podría conducir a una división de la humanidad en castas biológicas o, incluso, en diferentes especies, merced a lo que al cabo sería una desglobalización que abocaría en una autoproclamada “civilización” llamada a construir muros y fosos que la separen de los “bárbaros” del exterior¹¹⁷. Ciertamente es que todo lo anterior pende en gran medida, una vez más, de que no se haga valer un colapso general que a buen seguro dificultaría el despliegue de la operación correspondiente.

En paralelo, y por lógica, el ecofascismo supondrá un mantenimiento de las reglas del intercambio desigual, sin que sea sencillo dilucidar si los Estados-nación actuales, o muchos de ellos, pervivirán. Al respecto no se me ocurre mejor ejemplo de ilustración de lo que puede ocurrir que el que aporta un puñado de hechos que se manifestó en Iraq tras la intervención militar estadounidense de 2003. Estoy pensando en el licenciamiento masivo de militares y funcionarios, en la cancelación de todos los obstáculos que pudieran pesar sobre las inversiones extranjeras, en la privatización de muchas empresas estatales y en ayudas foráneas claramente orientadas en provecho de intereses geoestratégicos y geoeconómicos bien conocidos. No está de más que recuerde, por cierto, en un terreno próximo, que una quinta parte de las ayudas estadounidenses a terceros países beneficia a un Estado tan desarrollado como Israel¹¹⁸.

117 Harari, 2022: 99.

118 Andrews, 2021: 129–130.

Como no está de más que apostille que a buen seguro adquirirán carta de naturaleza fórmulas como las retratadas por Naomi Klein al amparo de la doctrina shock: el capitalismo del desastre se apresta a aprovechar unas u otras catástrofes, presuntamente naturales, en provecho de sus intereses. Tal fue lo que ocurrió con ocasión del tsunami del sudeste asiático en 2004 o con el huracán Katrina en Estados Unidos el año siguiente.

Lo suyo es que recuperen peso, por otra parte, fórmulas como las que se desplegaron merced al descubrimiento de América, de la mano de la presunción de que en el planeta hay numerosos espacios vacíos que pueden y deben ser ocupados. Comoquiera que sus habitantes no merecen mayor atención, se hará con ellos lo que se desee. Se procederá a explotar la mano de obra y los recursos, en unos casos, de la misma suerte que se optará por el exterminio, en otros. No se olvide que estas fórmulas, que parecen tan alejadas de la condición de fondo de la civilización occidental, fueron decisivas en el camino de lo que después sería la construcción del capitalismo industrial europeo y norteamericano¹¹⁹. Con la huella del colonialismo de siempre en la trastienda, lo que ahora me interesa obliga a subrayar la semejanza existente entre la Nakba padecida por el pueblo palestino y la conquista de América, “no tanto como eventos o acontecimientos, sino más bien como procesos ininterrumpidos (expolio de tierras, destrucción

119 Andrews, 2021: 32.

del Otro, violencia mítica)”¹²⁰. En ese escenario el colonizador sionista se nos ofrece como representación de la civilización y de la blanquitud encargado de hacerse con una tierra presuntamente vacía, en tanto se estima que los palestinos o bien no existían, o bien eran seres demasiado primitivos para tomarlos en consideración¹²¹.

A un paso de lo anterior está el designio de defender espacios en los que los otros no pueden entrar. Al respecto es preciso estigmatizar grupos humanos y países, o incluso regiones enteras del planeta, con el racismo como señal ineludible del proyecto en cuestión. No hay mejor ilustración de esta pulsión que la que proporcionan los muros. A menudo en la linde entre el Norte y el Sur globales –Estados Unidos y México, Israel y Palestina–, los muros modelan las identidades culturales y políticas¹²². En algunos casos han surgido en virtud de una alianza entre los intereses del capital, por un lado, y determinadas percepciones populares en relación con las poblaciones migrantes y sus efectos en materia de salarios, empleo y demografía, por el otro¹²³. La proliferación de muros aconseja concluir, con todo, que el escenario correspondiente en mucho contradice la retórica que ha acompañado en las últimas décadas a la globalización capitalista. Aunque en esta última se han revelado,

120 Martínez Andrade, 2019: 95.

121 Amal Egeiq, en Martínez Andrade, 2019: 220.

122 Brown, 2010: 86.

123 Brown, 2010: 48.

ciertamente, tensiones entre la apertura y el cierre de espacios, entre las fusiones y las divisiones, o entre la voluntad de borrar y la de reinscribir¹²⁴, se daba por descontado, al menos en la expresión conceptual, la naturaleza premoderna de los muros en un mundo marcado por las redes, por lo virtual, por lo microfísico, por el carácter líquido de muchas relaciones y por un planeta en el que, al menos sobre el papel, los pueblos se hallaban muy relacionados entre sí, cuando no habían experimentado activos procesos de hibridación¹²⁵. Igual este cambio en provecho de una realidad premoderna no es sino un anticipo de lo que nos espera.

Cierto es que hay pulsiones que parecen –solo lo parecen– discurrir por un camino contrario y que invitan a recelar de la utilidad y del buen sentido de los muros. Recordaré al respecto que el ex primer ministro israelí Ariel Sharon señaló en su momento a unos colonos sionistas que no debían construir muros en torno a sus asentamientos, toda vez que los muros al cabo suponían límites a la expansión de aquellos. “Los pondremos en torno a los palestinos, no en torno a nuestras posesiones”, apostilló¹²⁶. Las fórmulas correspondientes deben manifestarse, en fin, en los ámbitos más dispares, como lo demuestra la sugerencia de que los demandantes de asilo sean acogidos en exclusiva en

124 Brown, 2010: 19.

125 Brown, 2010: 92.

126 Citado en Brown, 2010: 19.

aquellos recintos geográficos que responden a la misma área cultural de la que proceden, en un escenario en el que las culturas deben permanecer, entonces, claramente separadas¹²⁷. El listado de sujetos a los que se desea privar de libertad se antoja, por lo demás, muy amplio: pobres, trabajadores y solicitantes de asilo; contrabandistas y traficantes de drogas y de armas; jóvenes, en la mayoría de los casos mujeres, secuestradas y sometidas a lo que en los hechos son prácticas de esclavitud; terroristas y grupos étnicos o religiosos; activistas políticos...¹²⁸. Los excluidos son mucho más numerosos de lo que parece, aunque a menudo, y tal y como ocurre con los sin techo y con los hambrientos, sean invisibles¹²⁹.

A duras penas sorprenderá que se aspire a acabar definitivamente con las comunidades previamente existentes, a destruir las solidaridades y a procurar que los seres humanos queden solos y sin relación entre sí. Falquet señala al respecto que la represión, al empujar a las personas a la clandestinidad, acaba por aislarlas y por propiciar la desconfianza¹³⁰. La consiguiente desestructuración de la personalidad tiene consecuencias materiales, ante todo económicas, importantes¹³¹. “El

127 Biehl, 2011: 79 y 83.

128 Brown, 2010: 32.

129 Valverde, 2015: 29.

130 Falquet, 2019: 52.

131 Falquet, 2019: 55.

capital desbocado en su marcha adelante destruye todos los obstáculos que encuentra en su camino. Y son obstáculos todas aquellas personas que no son rentables, que no son empleables. Desde los pobres a los discapacitados y dependientes, pasando por los jóvenes o los ancianos sin recursos”, ha recordado Santiago López–Petit¹³². En relación con un escenario más próximo, el nuestro, y por su parte, Clara Valverde ha subrayado cómo muchas personas dependientes han fallecido sin haber recibido la ayuda económica que se les había asignado para permitir su cuidado. Y ha remarcado que la salud de muchas gentes se ha ido deteriorando en virtud de las largas listas de espera en las que han quedado insertas. Por no hablar de los numerosos enfermos que carecen de recursos para pagar los tratamientos que necesitan¹³³. O de la disyuntiva de tener que elegir entre comer y disponer de electricidad¹³⁴. Al fin y al cabo, y regreso al argumento general, el designio de provocar la desintegración de la comunidad fue un elemento central de despliegue del proyecto del nacionalsocialismo alemán, manifiesto al amparo de lo que Hannah Arendt llamó “atomización social”.

Las prácticas que he mal retratado están llamadas a recibir el refrendo, en suma, de leyes que, en origen surgidas en el ámbito de un Estado, deben ser aplicadas en todo el planeta,

132 Citado en Valverde, 2015: 12.

133 Valverde, 2015: 19.

134 Valverde, 2015: 26.

a manera de lo que hicieron los nazis en los territorios que conquistaban: “El ejército ocupante ya no era un instrumento de conquista que llevaba consigo la nueva ley del conquistador, sino un órgano ejecutivo que aplicaba una ley que se suponía ya vigente para todo el mundo”¹³⁵. El plan de los nazis significaba en los hechos borrar las diferencias entre la madre patria conquistadora y los territorios conquistados¹³⁶. De resultas, “el dictador totalitario considera las riquezas naturales e industriales de cada país, incluyendo las del suyo propio, como una fuente de botín y un medio de preparar el siguiente paso dentro de una expansión agresiva”¹³⁷, anotó la recién mencionada Arendt. De nuevo me veo en la obligación de afirmar que buena parte de estos desafueros y miserias ha cobrado cuerpo en los tres últimos cuartos de siglo en Palestina al amparo de un amasijo en el que se han dado cita las expulsiones, el acoso, la explotación, la ocupación, los muros, la militarización, el ahogamiento económico, la arrogancia, la criminalización del agredido, la violación de todas las normas legales, la expansión de las cárceles, la tortura, el robo de recursos –con la tierra y el agua en lugar principal–, el racismo y el apoyo, no oculto, a la colonización occidental de un recinto importante.

135 Arendt, 1982: 544.

136 Arendt, 1982: 545.

137 Arendt, 1982: 545.

Medios y legitimación

Parece servida la conclusión de que en muchos lugares el ecofascismo contará con un formidable aparato mediático a su disposición. En él se darán cita los medios convencionales y las redes sociales, y con ellos las posibilidades que se abren al calor de intelectuales y blogueros¹³⁸. Todo lo anterior sin despreciar el papel que pueda desarrollar la escuela adoctrinadora. Téngase presente, y vuelvo al caso de Trump, que esos medios fueron capaces de permitir que en 2020 –ya lo he anotado– mejorase sus resultados electorales un presidente como el citado, aparentemente lastrado por escándalos, promesas incumplidas, un reguero de muertes por el COVID–19 y una notable expansión de la pobreza¹³⁹, y ello tras haber defendido la violencia en nombre de la supremacía blanca y los valores tradicionales¹⁴⁰.

Tarea fundamental asignada a los aparatos que me ocupan es la de justificar el buen sentido de la propuesta ecofascista. Esta se presentará acaso como un proyecto filantrópico, a la

138 Ciertamente es que en relación con unos y otros, y en particular con los primeros, habrá que calibrar si lo ocurrido durante la presidencia de Trump en Estados Unidos no podría anunciar posibles disensiones entre ecofascismo e intelectualidad.

139 Davis, 2021: 70.

140 Davis, 2021: 81.

manera del “imperialismo liberal” que se habría desplegado en el pasado en tantos lugares¹⁴¹. Al respecto se tratará, naturalmente, de vender de forma edulcorada ese proyecto, de subrayar su solidez, fortaleza, altitud de miras y utilidad frente al terrorismo, el comercio ilegal, las drogas, las violaciones y el robo¹⁴², de apuntalar su credibilidad de la mano de explicaciones presuntamente científicas y de denigrar y descalificar a quienes disienten, describiendo una y otra vez las posiciones de estos últimos como acientíficas y peligrosas¹⁴³. El énfasis se depositará en la necesidad de salvar vidas, de perfilar un futuro mejor, de garantizar que las sociedades democráticas salgan adelante, de preservar la civilización y de darle alas al orden y a la seguridad, sin que de por medio se vislumbre ninguna agresividad ni ningún interés torcido. Objetivo mayor de toda esta operación será que el ecofascismo se levante, como se levantó el nacionalsocialismo ochenta años atrás, sobre un consenso en torno al “espíritu de la época”. Un consenso que a la postre obligó a muchos ciudadanos alemanes a recelar de la idea de que Hitler fuese sin más un paranoico irrelevante permitió que el dictador germano ganase para su causa a muchos dirigentes sociales y económicos e hizo posible el despliegue de recursos técnicos y financieros que

141 Andrews, 2021: 112.

142 Brown, 2010: 115.

143 Fusaro, 2021: 200.

impulsaron una política de agresión en gran escala¹⁴⁴. El consenso mencionado debe traducirse en la idea de que el pueblo llano, la mayoría silenciosa, demanda un horizonte como el que propone el ecofascismo frente a una decadencia y una corrupción que le repugnan. El apoyo fundamental deben aportarlo, entonces, las gentes de orden, que cumplen con sus deberes y desean llevar una vida tranquila y confortable que aconseja renunciar, por qué no, a determinados derechos y libertades. Esas gentes parecen singularmente preocupadas por otro miedo del que hasta ahora no he hecho mención. Patricia Simón asevera que

el miedo a la pobreza es transversal: está alentado por el miedo horizontal, a los que vienen de fuera –una supuesta amenaza impura e imprevisible–, y por el vertical, a los de arriba que tienen más y siempre quieren más, y a los de abajo, que querrán algo de lo que nosotros tenemos, que siempre nos resulta poco y que siempre aspiramos a ampliar. Este temor a menudo se desata cuando se es padre o madre: pocas justificaciones encuentran más aquiescencia en nuestra sociedad, incluso cuando amparan las actitudes más deleznable, que “con el pan de mis hijos no se juega”¹⁴⁵.

144 Amery, 2002: 153.

145 Simón, 222: 99.

En un escenario en el que con toda evidencia el ecofascismo no es cuestión solo de elites, la “predisposición autoritaria” de la que habla Applebawm remite antes a la simpleza, al deseo de huir de la complejidad y de la división, que a una genuina cerrazón¹⁴⁶. En el período de entreguerras los nazis, y muchos movimientos comunistas, reclutaban ante todo personas sobre el papel indiferentes, que los demás partidos despreciaban por entender que eran en exceso apáticas o, llegado el caso, estúpidas. De resultas, muchas de esas personas, que proporcionaron un apoyo espontáneo al nacionalsocialismo¹⁴⁷, tuvieron en las organizaciones correspondientes su primera experiencia política, circunstancia que facilitó que sobre ellas recayeran fórmulas inéditas de propaganda¹⁴⁸. Entiéndase bien, eso sí, que no es estrictamente necesario que en el ecofascismo se manifieste la presencia de rasgos que con certeza se hicieron valer en los movimientos fascistas del período de entreguerras, en la forma, por ejemplo, de “una lealtad total, irrestricta, incondicional e inalterable del miembro individual”¹⁴⁹. Más bien cobrará cuerpo lo que en la percepción de Hannah Arendt fue en el pasado una mezcla de credulidad y de cinismo, con el agregado de que a medida que se sube en el escalafón el cinismo tendrá, claro, un

146 Applebawm, 2020: 106.

147 Arendt, 1982: 435.

148 Arendt, 1982: 428.

149 Arendt, 1982: 441.

relieve mayor¹⁵⁰. En ese juego se hará evidente, en suma, que los habitantes de los países ricos no son en modo alguno solidarios con los integrantes de las generaciones venideras, con muchos de los seres humanos que viven en los países del Sur y con los miembros de las demás especies con las que, sobre el papel, comparten el planeta.

Lo que tenemos delante de los ojos nos permite conocer algunos instrumentos de los que a buen seguro hará uso semejante ejercicio de edulcoramiento y distorsión de la realidad. “Estadísticas, previsiones, mecanismos de regulación y de seguridad son las herramientas empleadas para gestionar cualquier amenaza imprevisible dirigida contra la población”, ha afirmado Santiago López–Petit¹⁵¹. Pero a la tarea se sumarán también, con certeza, las tesis conspiratorias y las *fake news*. Al fin y al cabo la verdad no interesa: interesa lo que sirve a la causa, que en este caso es la de un individualismo aún más feroz y, con él, la de una general pérdida de conciencia. Tampoco faltarán, naturalmente, las consignas y las promesas contradictorias. Carl Amery ha subrayado al respecto, con buen criterio, que Hitler “llamó a su partido el Partido de los Trabajadores, y persiguió a los trabajadores, prometió a los campesinos heredades y los aherrojó a la economía de guerra, halagó a los capitalistas y les tomó el pelo, hablaba del ‘cristianismo

150 Arendt, 1982: 506.

151 Citado en Valverde, 2015: 11.

positivo' y ejecutó a los verdaderos cristianos"¹⁵². Nos toparemos –en realidad ya los tenemos delante de los ojos– con dirigentes políticos que mienten premeditadamente y que no creen necesariamente en lo que dicen en un teatro en el que el cinismo será perfecto compañero de la defensa obscena de los negocios propios¹⁵³. Esos dirigentes no sucumbirán, por lo demás, a la tentación de ofrecer cuentas o de hacer frente a contradicciones y abusos.

El uso de estos instrumentos estará sujeto, aun así, a modulaciones, de tal manera que la violencia reculará si aquellos cumplen fidedignamente con su función –esto es, si las gentes acatan sin pestañear lo que se les propone o impone– y reaparecerá en el caso de que sea preciso recrear un escenario de terror y represión, sin que al respecto sea necesario ofrecer, una vez más, y claro, explicaciones a las víctimas.

152 Amery, 2002: 117.

153 Applebawm, 2020: 154.